



**VNiVERSIDAD
D SALAMANCA**

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL

INSTITUTO DE IBEROAMÉRICA

MÁSTER EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

TRABAJO FIN DE MÁSTER

**¿Voto de clase en los nuevos populismos? Los
casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador**

Por

Jacobo García Arias

Dirigida por

Araceli Mateos Díaz

Salamanca, 2012



instituto de iberoamérica
universidad de salamanca

TABLA DE CONTENIDOS	Páginas
Resumen	4
Introducción	5
I. FUNDAMENTOS TEÓRICOS Y CONCEPTUALES SOBRE EL VOTO DE CLASE Y EL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA	7
I.1. <i>El vínculo entre clase social y voto</i>	7
I.1.1. Teorías del comportamiento electoral	7
I.1.2. El voto de clase	9
I.2. <i>El populismo en América Latina</i>	13
I.2.1. ¿Qué es el populismo?	13
I.2.2. Las fases históricas del populismo	16
I.2.3. <i>Giro a la izquierda</i> y regreso del populismo en América Latina	17
I.3. <i>Voto de clase y populismo: una relación opaca en América Latina</i>	19
I.3.1. La debilidad del voto de clase en América Latina	20
I.3.2. El carácter multclasista del populismo: un repaso a sus bases electorales	22
I.3.3. Giro a la izquierda... ¿y hacia el voto de clase?	25
II. DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN	29
II.1. <i>Metodología</i>	30
II.2. <i>VARIABLES UTILIZADAS E HIPÓTESIS</i>	31
III. ANÁLISIS DE LOS DATOS	35
IV. EXPLICANDO LAS DIFERENCIAS DEL VOTO DE CLASE EN LOS NUEVOS POPULISMOS	41
IV.1. <i>La obsolescencia de las teorías institucionalistas</i>	41
IV.2. <i>Refutando las teorías estructuralistas</i>	42
IV.3. <i>Cuando las políticas económicas de clase no lo explican todo</i>	46
IV.4. <i>Buscando las diferencias en las estrategias de movilización y organización</i>	52
V. CONCLUSIONES	59
VI. BIBLIOGRAFÍA	63
VII. ANEXOS	69

ÍNDICE DE GRÁFICOS Y TABLAS

GRÁFICO I. <i>Voto de clase (Índice Kappa) hacia Evo Morales, 2005 y 2009; Hugo Chávez, 2006 y Rafael Correa, 2006 y 2009.....</i>	36
GRÁFICO II. <i>Diferencia en el voto entre las clases manuales vs. no manuales (Índice Thomsen) hacia Evo Morales, 2005 y 2009; Hugo Chávez, 2006 y Rafael Correa, 2006 y 2009.....</i>	37
GRÁFICO III. <i>Diferencia en el voto entre las clases manuales vs. la clase marginal autoempleada (Índice Thomsen) hacia Evo Morales, 2005 y 2009; Hugo Chávez, 2006 y Rafael Correa, 2006 y 2009.....</i>	38
GRÁFICO IV. <i>Voto de clase (Índice Thomsen de los más ricos vs. los más pobres) hacia Evo Morales, 2005 y 2009; Hugo Chávez, 2006 y Rafael Correa, 2006 y 2009.....</i>	39
TABLA I. <i>Porcentaje del PIB del sector industrial y de personas afiliadas a un sindicato en Bolivia, Ecuador y Venezuela.....</i>	43
TABLA II. <i>Porcentaje de población indígena en Bolivia, Ecuador y Venezuela.....</i>	45
TABLA III. <i>Índice de Gini y porcentaje de personas pobres en Bolivia, Ecuador y Venezuela.....</i>	48
TABLA IV. <i>Gasto público social en millones de dólares estadounidenses en Bolivia, Ecuador y Venezuela.....</i>	49

RESUMEN

El propósito de la presente investigación es analizar la vigencia del voto de clase en los nuevos populismos en América Latina. Para ello, se plantea un análisis comparativo de n-pequeña (3 casos): el voto a Hugo Chávez en Venezuela, a Rafael Correa en Ecuador y a Evo Morales en Bolivia. La hipótesis de la que se parte es que la clase social influye en el voto a estos líderes populistas. Utilizando datos individuales de la base de LAPOP, se muestra que hay un fuerte voto de clase hacia Evo Morales, menos intenso hacia Hugo Chávez e inexistente hacia Rafael Correa. Se sostiene que las diferencias en el voto de clase hacia estos tres líderes populistas pueden explicarse a través de las estrategias movilizaciones y organizativas que han impulsado cada uno de ellos.

Palabras clave: populismo, clase social, voto, Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa, Venezuela, Bolivia, Ecuador.

ABSTRACT

The purpose of the following research lies in the analysis of class voting validity, with regard to new populisms in Latin America. In order to do so, a small-N analysis is proposed (3 cases): vote for Hugo Chávez in Venezuela, for Rafael Correa in Ecuador and for Evo Morales in Bolivia. The initial hypothesis focuses on the influence social class has on the vote for these populist leaders. By using individual data taken from the database LAPOP, it is shown that there is a strong class voting for Evo Morales, less intense for Hugo Chávez, and nonexistent for Rafael Correa. It is argued that differences concerning class voting in these three populist leaders can be explained through the mobilizational and organizational strategies each one of them has driven.

Key words: populism, social class, voting, Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa, Venezuela, Bolivia, Ecuador.

I. Introducción

El siglo XX ha dado lugar a la producción de una extensa literatura sobre el comportamiento electoral de los votantes. Muchos de estos estudios han tratado de desentrañar cómo votan los electores, qué factores son los que condicionan este comportamiento y qué consecuencias tiene en el panorama político. Uno de esos condicionantes que se han mostrado como fundamentales a la hora de entender la decisión individual del voto es el de la clase social a la que pertenece un individuo. De esta forma, son muchos los académicos que sostienen que no se pueden entender las contiendas electorales que se han disputado a lo largo de este siglo sin tener en cuenta el papel que ha jugado la clase social en el moldeamiento de esas preferencias.

Sin embargo, la mayoría de estos estudios de comportamiento electoral se han realizado en la región europea o en la norteamericana. A día de hoy, sigue habiendo un déficit importante acerca de literatura sobre los condicionantes del voto en América Latina. Los pocos estudios realizados hasta el momento revelan que la influencia de la clase social en el voto no es tan relevante como en otras sociedades, incluso en el caso de los líderes populistas que tienen como principal bastión electoral a los sectores populares. Las diferencias en la estructura social latinoamericana, la peculiaridad de sus regímenes políticos y sus instituciones o los efectos de las políticas del Consenso de Washington son algunas de las causas señaladas por estos estudios para explicar por qué en la región no ha surgido nunca un fuerte voto de clase.

El populismo, concepto discutido a lo largo y ancho de la geografía latinoamericana, parece que no es un concepto pasado de moda y que resurge con fuerza a la hora de analizar la actualidad política de la región. Uno de los debates más interesantes que han surgido en la actualidad latinoamericana tiene que ver, precisamente, con el surgimiento de una nueva izquierda populista que estaría representada por líderes como Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, o Rafael Correa en Ecuador. Más allá de las diferencias y similitudes de estos líderes con sus homólogos de épocas anteriores, algunos estudios contemporáneos sobre comportamiento electoral muestran que puede estar apareciendo, en la región, un voto de clase hacia estos líderes que rompería esquemas con la tradición latinoamericana de la escasa presencia de la relación entre la clase social de los individuos y la orientación del voto.

Por lo tanto, son varios los interrogantes que surgen al intentar relacionar el voto de clase en la región latinoamericana con la presencia de estos nuevos líderes populistas. ¿Seguirá siendo la región latinoamericana una región con bajos niveles de voto de clase, o por el contrario, está apareciendo un fuerte voto de este tipo hacia estos líderes? ¿Quiénes son los que votan por los líderes populistas? ¿Se asemejan, estas coaliciones, a la de los clásicos populismos que irrumpieron

con fuerza en la región hace ya más de medio siglo? ¿Qué factores pueden explicar la variabilidad en la intensidad del voto de clase hacia estos líderes? ¿Son adecuadas las teorías que se han propuesto a lo largo del siglo XX para explicar por qué en América Latina el voto de clase ha sido débil?

La motivación de esta investigación es la de fomentar el debate académico respecto a todos los interrogantes mencionados en el párrafo anterior. Concretamente, se pretende llenar el vacío existente en la literatura latinoamericana en los estudios sobre la influencia de la clase social en el voto, y se plantea con un doble objetivo de tipo descriptivo y explicativo: a nivel descriptivo, trata de dilucidar si hay un voto de clase hacia los nuevos líderes populistas en América Latina, contrastando las similitudes y diferencias de los resultados entre los casos estudiados; a nivel explicativo, trata de indagar en las variables que explican las diferencias en el voto de clase hacia estos líderes populistas, considerando distintos factores de tipo institucional, estructural o político-económicos.

Considerando estudios anteriores sobre el voto de clase hacia los nuevos líderes populistas y que el corazón electoral del populismo siempre fueron los sectores populares, se plantea la hipótesis de que hay un voto de clase hacia estos nuevos líderes populistas, es decir, que la clase social influye a la hora de votar por estos líderes.

El trabajo se estructura de la siguiente manera: en el capítulo I se exponen los fundamentos conceptuales y teóricos que subyacen tras el voto de clase y el populismo. En el capítulo II se explican los fundamentos metodológicos acerca de cómo se ha diseñado la presente investigación sobre el voto de clase hacia los nuevos populismos. En el capítulo III se presenta una explicación de los datos obtenidos en el análisis empírico. En el capítulo IV se hace una aplicación de las distintas teorías que han tratado de explicar las causas del voto de clase para explicar, en perspectiva comparada, las diferencias de este tipo de voto en los casos analizados en este trabajo. Finalmente, se presentan las conclusiones exploratorias analizando los límites y alcance de este trabajo y perfilando nuevas líneas de investigación para quienes estén interesados en el estado del voto de clase en la región latinoamericana.

I. FUNDAMENTOS TEÓRICOS Y CONCEPTUALES SOBRE EL VOTO DE CLASE Y EL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA

Esta primera parte del trabajo trata de guiar al lector en los fundamentos teóricos para entender los conceptos de <<voto de clase>> y <<populismo>> y hacer una descripción de la relación histórica entre ambos conceptos en la región latinoamericana. Para ello, se procede de la siguiente manera: en el apartado I.1, se hace una revisión de las principales teorías del comportamiento electoral que han tratado de explicar los motivos de la orientación del voto de los electores y se profundiza en la incidencia que la clase social tiene sobre esta orientación, también conocida como el <<voto de clase>>; en el apartado I.2, se hace una revisión conceptual del término <<populismo>> y se hace un recorrido histórico de las distintas etapas populistas en la región latinoamericana; por último, en el apartado I.3, se describe la baja relación entre la clase social y el voto que ha caracterizado a la región latinoamericana, concretamente respecto a los liderazgos populistas, y se sostiene que en la actual etapa populista puede estar surgiendo nuevo voto de clase que rompería esquemas con la tradición latinoamericana.

I.1 El vínculo entre clase social y voto

Durante la época de posguerra comienzan a surgir, en Estados Unidos, los primeros estudios de carácter académico que tratan de explicar los factores que intervienen en la decisión individual del voto. Desde entonces, una de las líneas de investigación preferentes en la sociología política ha sido la de estudiar la influencia que la pertenencia a una determinada clase social ejerce sobre los individuos a la hora de decidir sobre su voto. Más comúnmente, cuando el voto está influido por la clase social se conoce a esta relación como el <<voto de clase>> (Manza, Hout y Brooks, 1995: 138). Para comprender la relación que existe entre estas dos variables y cómo se ha interpretado esta relación a través de los diversos estudios durante el siglo XX, se procede a explicar, en el apartado I.1.1, los principales paradigmas explicativos acerca del comportamiento electoral de los votantes, para después entrar en detalle, en el apartado I.1.2, en qué es el voto de clase, qué mecanismos causales operan tras este tipo de voto, cómo se ha operacionalizado la clase social en la mayoría de los estudios y si esta relación ha sido fuerte o más bien débil a lo largo del siglo XX.

I.1.1 Teorías del comportamiento electoral

El estudio sistemático de las elecciones, centrado principalmente sobre los votantes, ha dado lugar a tres grandes paradigmas explicativos del comportamiento electoral a lo largo del siglo XX (Goodin y Klingesmann, 1996: cap.8): el modelo sociológico de la Escuela de Columbia, basado

en los trabajos de Paul Lazarsfeld y el Bureau of Applied Research en la misma universidad; el modelo psicosocial de la escuela de Michigan, liderado por Angus Campbell y con orígenes en el Center for Survey Research de la misma universidad; y el modelo de la economía política que aplica conceptos de la teoría de la elección racional al estudio del comportamiento ciudadano, cuyos principios se encuentran en la obra seminal de Anthony Downs (1957) “*An Economic Theory of Democracy*”.

A grandes rasgos, el primer enfoque considera las características sociales¹ de los individuos como principales variables explicativas de su comportamiento electoral. Estas mismas características son importantes no porque nos trasladen directa y determinadamente a un conjunto de intereses y preferencias concomitantes, sino más bien porque ubica a los individuos en la estructura social y aquí afectan <<su exposición>> a la información política. (Goodin y Klingsmann, 1996: 336).

El segundo enfoque se centra en las actitudes políticas de los votantes, entre las cuales, la identificación con un partido² tiene un gran peso explicativo. Las actitudes y valores políticos cumplen la función de etiqueta en torno a la cual los votantes articulan la información política, y el sentimiento de identificación con un partido es, precisamente, un valor político que puede utilizarse para procesar dicha información (Anduiza y Bosch, 2004). La inferencia que establece este modelo es que la mayor parte del electorado votará por el partido con el cual se siente identificado.

Por último, el tercer enfoque concibe a los votantes como actores políticos que tienen un comportamiento racional motivado y orientado a maximizar sus objetivos individuales (Montesinos, 2007: 17). El acto de votar sería como un cálculo sobre los costos y beneficios³: el beneficio de votar debe ser mayor que el costo, de otra manera, la persona se abstendría (Downs, 1957 en Montesinos, 2007: 17). El llamado <<voto económico>>⁴ no sería más que la inclusión

1 Montecinos (2007: 16) señala algunos de esos atributos que, según las conclusiones del estudio de Lazarsfeld, Berelson y Gaudet (1948), hacían que los electores se inclinaban a votar por Demócratas o Republicanos, como su afiliación religiosa, clase social y residencia rural o urbana.

2 De hecho, en la obra seminal del modelo psicosocial de la Escuela de Michigan se concluye que la identificación con el Partido Republicano o el Partido Demócrata es la principal causa del voto en Estados Unidos. Véase Campbell, Converse, Miller y Stokes (1960).

3 Según este modelo utilitarista, los beneficios derivados de que el candidato preferido por el elector sea elegido pueden ser materiales, como la reducción de impuestos, o inmateriales, como la gratificación psicológica de que el candidato sea elegido (Montesinos, 2007: 12). Respecto a los costos de votar, se incluiría, por ejemplo, el tiempo y el dinero invertido en trasladarse hasta el lugar de la votación.

4 Para un análisis más detallado del <<voto económico>>, véase Fiorina, 1981; Anderson, 2007 o Lewis-Beck y Stegmaier, 2000, 2007.

de la situación económica -sociotrópica o egotrópica- en el eje de preferencias en base al cual el votante efectúa el cálculo racional de costos-beneficios: cuando la coyuntura económica es buena, los electores premian al gobierno otorgándole su voto; cuando la coyuntura económica es mala, los electores castigan al gobierno retirándole su voto (Anduiza y Bosch, 2004: 250).

I.1.2 El voto de clase

Dentro del grupo de factores que pueden explicar la orientación del voto de los electores, los estudios empíricos han demostrado la influencia que ejerce la posición social de los individuos⁵. De esta manera, los individuos votan a un partido determinado como consecuencia de la posición que ellos ocupan en la estructura social del país (Anduiza y Bosch, 2004: 145). Esta relación entre comportamiento electoral y posición social se ha interpretado, generalmente, en términos de clase⁶: los individuos votan a un partido determinado como consecuencia de la clase social a la que pertenecen. La gran mayoría de los estudios de comportamiento electoral llevados a cabo en los países industrializados han demostrado que el apoyo a los partidos de izquierda es mayor en las clases bajas y trabajadoras (Alford, 1963; Rose, 1974; Heath y Weakliem, 1994; Nieuwebeerta, Graaf y Ultee, 2000: 327) y que, por lo tanto, en ninguno de estos países el voto ha llegado a ser completamente independiente de la clase social en una elección nacional (Manza *et.al.*, 1994: 243). Sin embargo, la intensidad de esta relación ha variado a través de los países (Alford, 1963; Nieuwebeerta, 1996): los países escandinavos y Gran Bretaña, por ejemplo, han tenido altos niveles de voto de clase durante las últimas décadas, mientras que en Estados Unidos y Canadá la relación ha sido más bien débil.

Dentro de estos estudios de comportamiento electoral, ha habido un intenso debate acerca de cuál es la manera más apropiada de conceptualizar la clase social para ver su influencia en la orientación electoral. Las dos estrategias clásicas que se han seguido son, por un lado, la de definir la clase

5 Si bien el paradigma sociológico de la Escuela de Columbia es el que más importancia le ha otorgado a la posición de los individuos en la estructura social en el estudio del voto, el resto de paradigmas también han señalado su influencia, como se verá más adelante.

6 Según los estudios sobre clase y voto, la clase social sería una de las líneas divisorias fundamentales (<<cleavages>>) de nuestras sociedades (Paramio, 1998: 79). El término clivaje es una traducción del inglés <<cleavage>>, que es definido como una división de la sociedad que está determinado por la posición de los individuos en la estructura social y que acaba configurando los alineamientos entre los bandos de la sociedad y los partidos políticos (Anduiza y Bosch, 2004: 149). Según la teoría de los <<cleavages>>, por tanto, si en un país ha habido tradicionalmente una profunda fractura entre las clases sociales, es probable que los obreros hayan terminado organizándose de alguna manera y que haya surgido un partido de base obrera. Para una comprensión más detallada del término <<cleavage>>, véase Lipset y Rokkan, 1967.

social en base a los ingresos que las personas reciben, y por otro lado, la de definir la clase social en base a la ocupación laboral en el mercado de trabajo (Manza *et.al.*, 1995: 151). Dentro de esta última estrategia, caben destacarse dos formulaciones: la de la concepción neomarxista elaborada por Wright (1997), y la concepción neoweberiana propuesta por Erikson y Goldthorpe (1992). La primera formulación consiste en un esquema de seis categorías de clase basadas en una doble dicotomización entre propietarios vs. no propietarios de los medios de producción y entre los que tienen control sobre el proceso físico de producción y poder sobre otros trabajadores vs. los que no lo tienen. La segunda formulación consiste en un esquema de cinco clases a partir de la distinción entre ocupación manual vs. no manual. Esta última formulación se ha mostrado como más apropiada que la primera en los estudios de comportamiento electoral, al explicar mejor las variaciones del voto entre las distintas clases sociales⁷ (Nieuwbeerta *et.al.* 2000: 332, Brym, Gillespie y Lenton, 1989: 26).

¿Cómo se explica la relación entre la clase social y el voto?

Si bien parece existir un consenso en torno a la asociación entre clase social y voto, no queda claro cuáles son los mecanismos causales que están detrás de dicha asociación. Considerar que la estructura clasista configura automáticamente la formación de preferencias electorales es un modelo determinista que tiende a sobrevalorar los condicionantes estructurales del voto (Polavieja, 2001: 4). Los tres paradigmas del comportamiento electoral analizados anteriormente han ofrecido algunas hipótesis para explicar la interacción entre estas dos variables y las configuraciones causales que operan tras ella⁸:

- ▲ Según la Escuela de Columbia, las experiencias históricas de los grupos sociales y las características de las redes sociales en las que se desenvuelven los individuos son factores determinantes del voto. Por lo tanto, el voto de clase sería un reflejo de la fuerza de experiencias comunes que miembros de una clase han vivido en momentos históricos claves, así como un efecto de las redes de amistad y organizaciones sociales que cobijan a estos miembros (Lazarsfeld *et al.*, 1948: 137-149).

7 Tanto en la parte metodológica de este trabajo como en los anexos I y II, puede encontrarse más información acerca de esta medición neoweberiana de clase social y la modificación que se ha hecho para tener en cuenta, en el análisis propuesto, las características propias de la estructura social latinoamericana.

8 Otros estudios se han centrado, más bien, en explicar las diferencias del voto de clase entre los países o entre regiones distintas acudiendo a factores de tipo institucionales, estructurales, o político-económicos, sin adentrarse empíricamente en los mecanismos causales de la asociación entre la clase social y el voto. En los apartados 1.3.1 y 4 se detallan estos estudios y las teorías que se derivan de ellos.

- ▲ Para la Escuela de Michigan, sin embargo, son los atributos psico-sociales como las actitudes políticas o la identificación con el partido los que predicen finalmente la orientación del voto. Aquellos votantes que sean conscientes de su posición en la estructura social y que analicen los fenómenos políticos a partir de la heurística propia de su clase, son los más inclinados a optar por un voto de clase (Campbell *et al.*, 1960, cap. 13). La identidad que adopte un individuo influye sobre sus percepciones de las relaciones entre los partidos políticos y los grupos sociales (Health y McDonald, 1988: 95).
- ▲ La teoría económica del voto considera el voto de clase como resultado de un cálculo racional: los electores buscan optimizar sus intereses económicos de clase eligiendo la opción política que consideran más apropiada para la defensa de dichos intereses (Polavieja, 2004). De esta manera, si los partidos de izquierda representan el cambio social en la dirección de la igualdad a través de políticas redistributivas, las clases trabajadoras y grupos de menores ingresos los apoyarán para mejorar su situación económica, mientras que los grupos de mayores ingresos se opondrán a estas políticas para mantener sus ventajas económicas y votarán por un partido de derecha (Lipset *et al.*, 1954, Downs, 1957). La evidencia empírica ha demostrado que la clase trabajadora es económicamente progresista y la clase media más conservadora (Lipset, 1959; Health and Weakliem, 1994; Achterberg and Houtman, 2006).

¿Hacia el declive en el voto de clase?

Uno de los debates más interesantes que han emergido en el ámbito del comportamiento electoral en las últimas décadas, es si ha habido o no un declive en el voto de clase. Por un lado, varios analistas han argumentado que este tipo de voto ha decrecido considerablemente en las democracias industrializadas (Clark and Lipset, 1991; Inglehart, 1984, 1990; Nieuwbeerta, 1995, 2001, entre otros). Por otro lado, algunos autores sostienen que sigue habiendo un voto de clase estadísticamente significativo (Torcal y Mainwaring, 2004: 15) o que, al menos, no se puede hablar de un claro proceso de desalineamiento⁹ de clase (Manza, *et.al.*, 1995: 137). A continuación, se

9 Algunos autores hacen referencia a los términos “desalineamiento-realineamiento” al hablar del declive del voto de clase. De esta forma, la tradicional teoría del alineamiento de clase, como ya se mencionó anteriormente al hablar sobre la teoría de los clivajes, sostiene que la clase trabajadora se posiciona y vota a favor de partidos de izquierda, mientras que las clases medias y altas votan por un partido de derecha (Achterberg, 2006: 254). Algunos autores consideran que esta relación se ha difuminado en las últimas décadas, apareciendo electorados flotantes que no están influidos por consideraciones de clase u otros clivajes sociales, y que por lo tanto hay que hablar de un proceso de “desalienamiento de clase” (Rose and McAllister, 1986), mientras que otros van más allá e incluso

agrupan y sintetizan las principales teorías que se han ofrecido para explicar el declive del voto de clase, así como sus contraargumentaciones (Manza, *et.al.*, 1995: 143-150):

- ▲ *Enfoque del aburguesamiento y la movilidad social.* El declive del voto de clase sería la consecuencia del significativo aumento de la movilidad social experimentado en la época de posguerra y el consecuente aburguesamiento de la clase obrera y los trabajadores de cuello blanco de menor nivel. Sus críticos señalan que esta supuesta movilidad social no es tan apreciable y que sus efectos habrían sido mucho más débiles que los señalados.
- ▲ *Nuevas divisiones sociales.* Como ya se ha comentado anteriormente, nuevos clivajes habrían emergido en la sociedad, desplazando el tradicional clivaje de clase. Estas nuevas fracturas se basarían en características como el género, la raza, la etnicidad, las diferencias lingüísticas, o conflictos identitarios como los representados por los movimientos de gays y lesbianas o los movimientos regionalistas. Sin embargo, algunos autores cuestionan que estos clivajes estén desplazando la importancia de la fractura social de clases.
- ▲ *Enfoque del aprendizaje político.* La ciudadanía de las últimas décadas se caracterizaría por mayores niveles de educación, por lo que sus decisiones políticas serían independientes de sus lealtades de clase u otros atributos sociales. Sus críticos señalan que la evidencia empírica no ha demostrado fehacientemente esta aseveración.
- ▲ *El postmaterialismo y las dos izquierdas.* Los vínculos históricos entre los trabajadores y los partidos de izquierda se habrían debilitado, a la vez que habría surgido una nueva izquierda con raíces en los segmentos de la clase media¹⁰. Esto habría producido la pérdida de la coherencia de clase de las viejas plataformas partidistas, que abrazarían nuevos <<issues>> dentro de su programa electoral, y su llamado estaría dirigido a un voto más inclusivo y policlasista. Sin embargo, algunos estudios han demostrado que, a pesar de la influencia postmaterialista en la configuración de nuevas actitudes políticas, las diferencias entre cohortes de clase siguen prácticamente igual.

hablan de un proceso de “relineamiento de clase”, (Inglehart, 1997) en el que la lógica de clase se ha invertido: la clase media ahora vota por partidos de izquierda, mientras que la clase trabajadora se decanta más bien por partidos de derecha. Esto se explicaría porque los viejos clivajes están siendo reemplazados por otros, con sus respectivos nuevos alineamientos políticos.

10 Esta es la tesis de la teoría postmaterialista de Inglehart (1977), la cual sostiene que las nuevas generaciones nacidas a partir de la posguerra están asumiendo unos valores postmaterialistas, como la conciencia por la protección medioambiental, la paz mundial, los derechos civiles para las minorías, etc. que están desplazando a los antiguos valores materialistas de sus generaciones anteriores.

- ▲ *Enfoques macro.* Entre estas teorías, destacan la del “*dilema del socialismo electoral*”, la cual argumenta que, debido a que la clase trabajadora siempre es una minoría, los partidos de izquierda deben atraer el voto también de las clases medias en aras de ganar las elecciones, lo cual debilita la existencia de un voto de clase; y la teoría que analiza las consecuencias del cambio en la economía global en las estrategias de los partidos y las coaliciones de los votantes, la cual concluye que estos cambios han minado la solidaridad de clase y los alineamientos electorales basados en este clivaje. Como contraargumentación a este enfoque, diversos autores han señalado que, en primer lugar, los votos recibidos por partidos de izquierda en las últimas décadas no son muy diferentes a los niveles de periodos anteriores, y en segundo lugar, que los cambios en la economía mundial también han producido efectos como el aumento de la pobreza y la desigualdad o el declive de la movilidad social, lo cual puede conducir a una futura polarización entre clases sociales.

I.2. El populismo en América Latina

La clase social es, por lo tanto, un factor importante a la hora de entender las preferencias electorales de los ciudadanos. Sin embargo, la mayoría de estudios sobre el voto de clase se han realizado en el contexto europeo o norteamericano, y más bien escasean los estudios centrado en la región latinoamericana. Antes de analizar el estado del voto de clase en esta región y qué relación ha habido entre la clase social y el voto a los líderes populistas en América Latina, en este apartado se hace un esfuerzo por esclarecer el significado del término populismo, se hace un repaso a las interpretaciones que diversos autores han hecho de este concepto, y se detalla cuáles han sido las fases históricas del populismo en la región, para entrar de lleno en el debate acerca de si ha surgido una izquierda actual de rasgos populistas en la región.

I.2.1 ¿Qué es el populismo?

El término populismo es, sin duda, uno de los más ambiguos y controvertidos en las ciencias sociales (De la Torre, 2001). Su carácter polisémico hace que haya sido utilizado para definir un amplio conjunto de fenómenos de la realidad social, desde regímenes políticos y estilos de liderazgo, hasta proyectos económicos o patrones de movilización. Más allá de las controversias sobre su definición y aplicación empírica, el hecho de que esté tan profundamente arraigado en el discurso académico, mediático y popular indica que tiene un fuerte significado y peso analítico, por lo que recurrir a él puede servir para interpretar determinadas dinámicas políticas (Roberts, 2008: 58). A continuación, se detallan las principales teorías que han tratado de explicar, a partir

del contexto latinoamericano, qué es el populismo y los factores que explican su aparición (De la Torre, 2001: 173-174):

La primera teoría, conocida como de la *modernización*, considera que el populismo fue un fenómeno pasajero producto de la transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. Las bases en las que se sustentaron estos populistas serían <<masas marginales disponibles>> que no tenían una identificación política ni estructura normativa en la que poder actuar en el mundo de la política, por lo que fueron presas fáciles de la seducción demagógica del líder populista. Los teóricos de la dependencia criticaron el sesgo teleológico y conservador de este enfoque, el cual considera a los estratos populares como masas irracionales que se dejan seducir por la verbosidad del líder populista.

La segunda teoría, llamada la de la *dependencia*, propuso un enfoque marxista-estructuralista para considerar el populismo como una alianza interclasista compuesta de sectores populares - principalmente proletarios-, clases medias y burguesías industriales emergentes, formada en contra de los regímenes oligárquicos. Esta alianza surgiría en una etapa concreta del desarrollo: la de sustitución de importaciones (Ianni, 1975; O'Donnell, 1973), perfilando unos regímenes nacional-populares caracterizados por su fuerte nacionalismo, la intervención del estado en la economía y la incorporación de los sectores previamente excluidos de la economía y la política de manera corporatista. Para estos autores, el populismo fue el proceso de <<democratización fundamental>> de América Latina (Vilas, 1995, en De la Torre, 2001.).

Por último, los análisis de Ernesto Laclau (1977) comienzan a gestar la teoría *discursiva* del populismo, según la cual este fenómeno sería un discurso que divide a la totalidad de lo social en dos campos políticos antagónicos: el pueblo contra la oligarquía. Los líderes populistas son aquellos que usan retóricamente el concepto de <<pueblo>> apelando a lo popular, haciendo referencia a la contradicción existente en la formación social, del pueblo contra esta oligarquía o bloque en el poder. A esta teoría se le ha criticado que se concentra exclusivamente en las condiciones de producción de los discursos (De Ípola, 1983) y que estudia el plano discursivo como un todo, sin diferenciar en las distintas categorías de discursos o sin establecer límites entre el análisis de la oratoria política y el análisis del discurso en general.

El fenómeno que nunca desaparece

La aparición de líderes populistas en la década de los 90 que adoptaron las recetas económicas del neoliberalismo y que forjaron alianzas con sectores sociales distintos de los de sus predecesores, demostró que el populismo no puede considerarse un fenómeno transitorio producto del paso de una sociedad tradicional a una moderna, o una fase específica de desarrollo ligada a la

industrialización por sustitución de importaciones. Más aún, demostró que no se puede caracterizar al populismo como una serie de políticas económicas que sacrifican el crecimiento a largo plazo por políticas redistributivas cortoplacistas (Dornbusch y Edwards, 1991). Para salvar los obstáculos de la aplicación empírica del término, Freidenberg (2007: 23) recomienda optar por la elaboración de una definición mínima y operativa, renunciando a la pretensión de una teoría explicativa general. De esta manera, la autora considera el populismo como un estilo de liderazgo, *“caracterizado por la relación directa, carismática, personalista y paternalista entre líder-seguidor, que no reconoce mediaciones organizativas o institucionales, que habla en nombre del pueblo y potencia la oposición de éste a “los otros”, donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas, a los métodos redistributivos y/o al intercambio clientelar que tienen con el líder (tanto material como simbólico), conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno”* (Freidenberg, 2007: 25). En los últimos años, parecen ganar terreno las definiciones que apprehenden el fenómeno desde la teoría formal discursiva y la manera con la que el líder populista se relaciona con sus seguidores. Los autores que adoptan este enfoque ven el populismo como un discurso que denuncia la existencia de un conflicto maniqueo entre el deseo unificado del pueblo, visto como conjunto social homogéneo, depositario exclusivo de valores positivos permanentes (Freidenberg, 2007: 34), y una élite conspirativa que intenta subvertir este deseo. De la Torre nos proporciona más detalle más sobre esta visión maniquea que subyace al discurso populista en la definición que propone (2001: 190): *“El populismo latinoamericano es un fenómeno político producto de una forma particular de incorporación de la gente común a la comunidad nacional. Ésta se basa en una retórica que sitúa al pueblo en el centro de la vida política nacional. El pueblo representa la encarnación de la verdadera nación que antagonicamente confronta a la oligarquía. Debido a que la lucha entre el pueblo y la oligarquía es maniquea y moral, la democracia es entendida como movilizaciones a favor de un líder que encarna las aspiraciones y deseos populares y el silenciamiento de sus enemigos, que son los enemigos del pueblo y de la nación, más que como el respeto a instituciones y procedimientos”*. Para Panizza (2008: 83), este antagonismo también es central en su definición del discurso populista, el cual considera como un *“modo de identificación política que se encuentra disponible para cualquier actor político que opera en un campo discursivo en el que la noción de soberanía popular y su inevitable corolario, el conflicto entre dominados y dominantes, son parte central del imaginario político”*. Estas últimas definiciones rehúyen, como recomienda Freidenberg, de establecer una teoría explicativa general y se centran en elementos mínimos definitorios que permiten comprender mejor por qué el populismo no terminó con una etapa concreta del desarrollo, sino que reapareció con fuerza en la década de los 90 y en la actualidad en América Latina. Por lo tanto, sólo entendiendo el populismo como un fenómeno político y discursivo que puede aparecer en diferentes coyunturas socioeconómicas podemos comprender por qué ha habido un resurgimiento

de líderes populistas en América Latina. A continuación, la revisión histórica de las fases del populismo en la región permitirá comprender mejor la complejidad de este concepto y clarificar, también, quiénes son los distintos líderes que han sido caracterizados con esa etiqueta.

I.2.2 Las fases históricas del populismo

Drake (1982) distingue tres fases del populismo en el siglo XX:

- ▲ El <<populismo temprano>> de las primeras décadas del siglo XX, focalizado en el cono sur. Se refiere a los regímenes que surgieron tras el crecimiento capitalista y urbano que erosionó la supremacía de la oligarquía y provocó la emergencia del sector obrero, las élites no comprometidas con el ejercicio del poder y las clases medias. Ejemplo del <<populismo temprano>> fue el gobierno de Hipólito Yrigoyen en Argentina.
- ▲ El <<populismo clásico>> de los años 30, 40 y 50. Se caracterizó por procesos que promovieron importantes reformas sociales a favor de los trabajadores, la democracia electoral y el nacionalismo continental. Supusieron una respuesta a los procesos de aceleración de la industrialización, la urbanización y la diferenciación social. Ejemplos de este tipo de populismo se encuentran en las figuras de Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú, Lázaro Cárdenas en México, Jorge Eliécer Gaitán en Colombia, Juan Domingo Perón en Argentina o Getulio Vargas en Brasil.
- ▲ El <<populismo tardío>> de la década de los 70. Se caracterizó por la dificultad que encontraron sus líderes en revigorizar las alianzas y los programas populistas que habían sostenido sus predecesores, puesto que chocaban con las nuevas situaciones de pluralismo social y modernización que habían alcanzado las sociedades latinoamericanas. Bajo la presión de las élites políticas y económicas, las fuerzas armadas intervinieron para proscribir el populismo en la mayoría de los países de América Latina. Ejemplos de este populismo fueron los gobiernos de Luis Echeverría en México o los últimos gobiernos de Velasco Ibarra en Ecuador y Juan Domingo Perón en Argentina.

Como ya se ha mencionado, cuando el populismo parecía desterrado del panorama político de América Latina, después de una atroz represión por parte de los regímenes militares, nuevas figuras populistas aparecieron en la década de los 80 y los 90. Este cuarto periodo ha sido conocido como el del <<neopopulismo>>, debido a las diferencias que estos regímenes presentaban con sus antecesores (Roberts, 1995; Weyland, 1996). Entre estas diferencias, cabe destacar el abandono, por parte de estos líderes, del intervencionismo económico y la acogida de

las nuevas recetas neoliberales; una denuncia más intensiva de los partidos políticos que sus predecesores; el abandono de sectores que habían sido fundamentales en el sostenimiento de los antiguos regímenes populistas, como los sindicatos, y un menor énfasis en la cultura popular (Conniff, 2003). Otro rasgo que diferenció notablemente a estos nuevos populistas fue que acompañaron las políticas macroeconómicas neoliberales con políticas micro-distributivas focalizadas en los sectores más pobres, a expensas de los sectores organizados que se habían beneficiado con el anterior modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Sin embargo, estos gobiernos también presentaban muchas de las características del modelo original de populismo: ferviente nacionalismo, liderazgo carismático, identificación con los intereses y características del <<pueblo>>, constantes promesas de reforma y campañas publicitarias de masa. Ejemplos de este nuevo populismo serían los gobiernos de Carlos Menem en Argentina, Fernando Collor en Brasil, Alberto Fujimori en Perú y Abdalá Bucaram en Ecuador¹¹. Por último, como se explicará a continuación en el próximo apartado, nos hallaríamos en la actualidad en un quinto periodo del populismo que aparece en la región después del fin de la aplicación de las políticas del Consenso de Washington.

I.2.3 El giro a la izquierda y el regreso del populismo en América Latina

Los triunfos de Lula da Silva en Brasil y Néstor Kirchner en Argentina, en 2003, marcaron un punto de inflexión en el clima político de América Latina, que ya había venido configurándose desde la elección de Hugo Chávez en Venezuela en 1998, y que ha sido conocido como el <<giro a la izquierda>> en la región (Paramio, 2006: 64). A estos triunfos se sumaron los de Tabaré Vázquez y José Mujica en Uruguay, en 2004 y 2010; Evo Morales en Bolivia, en 2005; Michelle Bachelet en Chile en 2006; Rafael Correa en Ecuador, Daniel Ortega en Nicaragua y Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, en 2007; Fernando Lugo en Paraguay, en 2008; Mauricio Funes en El Salvador, en 2009 y Dilma Rousseff en Brasil y Ollanta Humala en Perú, en 2011.

El ascenso de estas fuerzas de izquierda se explica por el fracaso del proceso de democratización en clave de democracia liberal y el déficit social de las reformas de mercado del último cuarto de siglo (Panizza, 2008b). De hecho, no parece casualidad que este ascenso haya coincidido con la media década pérdida de finales de los 90 y comienzos de 2000, cuando la región registraba cifras

11 Si bien se señala que hubo una experimentación previa a esta ola de <<neopopulismos>> en los años 80, con los liderazgos de Alan García, Leonel Brizola, Miguel Arraes o Arnulfo Arias. Véase Conniff, 2003:33 o Freidenberg, 2007.

negativas de crecimiento económico per cápita¹². En esta narrativa, se señala como culpables a los partidos de centro derecha que introdujeron las medidas del Consenso de Washington, sus mentores en las organizaciones financieras internacionales y el gobierno de los Estados Unidos. Sin embargo, estos gobiernos de izquierda presentan características diferentes entre sí y no han actuado de manera homogénea una vez que han llegado al poder. De esta forma, algunos autores (Castañeda, 2006; Cleary, 2006; Panizza, 2006; Paramio, 2006; Roberts, 2006; Corrales, 2007; De la Torre, 2007; Alcántara, 2008, entre otros) han dividido a estos gobiernos en dos tipos de izquierda: una de rasgos populistas, representada por líderes como Hugo Chávez, Néstor Kirchner, Evo Morales, Rafael Correa o Daniel Ortega, y otra de corte más socialdemócrata (también denominada socialdemocrática o institucionalista: Lanzaro, 2008), tipificada en los gobiernos de Lula da Silva, Michelle Bachelet, Mauricio Funes o Tabaré Vázquez¹³. Según estos autores, la izquierda populista promueve políticas de refundación del sistema político, en ocasiones planteando una política de identidades; el impulso de una democracia más protagónica y participativa en detrimento de los principios de la democracia representativa -tales como la separación de poderes-; una mayor intervención del Estado en el mercado, en ocasiones a través de prácticas proteccionistas y nacionalizadoras, y en materia internacional se declara antiimperialista, denunciando continuamente al neoliberalismo, la globalización y la injerencia de los Estados Unidos en la política latinoamericana. Por otro lado, la izquierda de corte socialdemócrata se caracteriza por un mayor apego a las instituciones y procedimientos de la democracia representativa y se aleja del discurso polarizador en búsqueda de un mayor consenso entre las fuerzas políticas; acepta la economía de mercado, si bien propone también la intervención del Estado, a semejanza de la otra izquierda, para corregir desequilibrios e impulsar políticas sociales, y busca un equilibrio dentro de las relaciones exteriores y comerciales sin posicionarse de manera clara a favor de un eje o alianza -como sí lo hace la otra izquierda de manera clara en la configuración de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA). Estas dos izquierdas convergen en la política social y en el impulso de un modelo económico que no se base únicamente en el crecimiento, sino que esté orientado también a la consecución de resultados

12 Algunos estudios han señalado que, debido a largos años de adversidad económica vividos en la región, el desempeño económico se ha vuelto una variable muy importante a la hora de explicar el voto de los latinoamericanos hacia sus presidentes. Véase Benton, 2005 y Johnson y Ryu, 2010.

13 Autores como Ramírez (2006) rechazan la idea de utilizar el recurso analítico de las dos izquierdas. Según él, “la izquierda ha asumido una forma específica en cada país, dependiendo de la confluencia de distintos movimientos sociales, trayectorias de los partidos políticos y experiencias políticas variadas”, por lo que hay mucho más que dos izquierdas en la región (Ramírez, 2006: 1).

sociales: creación de empleo, mejora de la educación y la salud, reducción de la pobreza y la indigencia (Paramio, 2006: 64). Además, se ha señalado que la actual izquierda populista combina políticas económicas de intervención estatal y heterodoxia macroeconómica con otras de carácter ortodoxo, como el mantenimiento de cifras bajas de inflación y control del déficit fiscal (Panizza, 2006), lo cual la diferenciaría de los lineamientos macroeconómicos de los populismos clásicos.

Entre las causas que se ofrecen para explicar la existencia de dos izquierdas diferenciadas en América Latina, se señalan principalmente dos: la magnitud de la exclusión política y económica de las reformas del Consenso de Washington y la fragilidad institucional¹⁴ (Panizza, 2006; Roberts, 2008). En aquellos países cuyas instituciones de intermediación eran más débiles y mayor era el vacío de representación, el escenario era más proclive para la aparición de líderes populistas y <<outsiders>>. Estos líderes populistas se sitúan en el sistema político con un discurso que divide a la sociedad en dos frentes antagónicos: los excluidos de las políticas neoliberales del Consenso de Washington y los actores sociales que no se sienten representados por los partidos políticos existentes, por un lado, y los culpables de estas medidas económicas, que suelen ser las viejas élites políticas, algunos círculos de empresarios e incluso algunos poderes fácticos como los medios de comunicación. Como sostiene Panizza (2006: 24-25), países como Bolivia, Ecuador y Venezuela han atravesado por procesos de desintitucionalización muy intensos que allanaron el camino a la llegada de líderes populistas. Además, según el mismo autor, *“en la historia reciente de América Latina el modo de identificación populista ha tenido mayor vigencia relativa en contextos sociopolíticos en los cuales las reformas de mercado produjeron crisis políticas profundas, como en Argentina y Venezuela, o profundizaron aún más divisiones sociales de raíces étnicas, regionales y socioeconómicas como en Bolivia y Ecuador* (Panizza, 2006: 31-32).

I.3 Voto de clase y populismo: una relación opaca en América Latina

En esta parte del trabajo se desarrollará el débil papel que la clase social ha jugado en la orientación del voto a los distintos líderes populistas en América Latina. Para ello, en el apartado I.3.1 se hace un repaso de los factores que han sido señalados en la literatura para explicar los

14 El estudio de Weyland (2009) supone una excepción, en el que se señala que el ascenso de líderes populistas en Venezuela, Bolivia y Ecuador se debe a la bonanza en el precio de recursos petrolíferos y gasíferos, lo cual provocó que no hiciera falta pasar por el sacrificio de las políticas neoliberales de austeridad y que se estimulara, por lo tanto, el radicalismo y el discurso confrontativo hacia aquellas élites que las habían promovido. Sin embargo, esta teoría no explicaría el ascenso de líderes populistas en contextos de economías no petroleras, como el caso de Daniel Ortega en Nicaragua, y tampoco podría explicar por qué Ollanta Humala casi llega al poder en 2006 con un discurso y estilo populista y en el 2011 ganó con un estilo totalmente renovado.

bajos niveles de voto de clase en América Latina; en el apartado I.3.2 se describen las coaliciones de tipo multclasista que han dado soporte a los populismos en las diferentes fases históricas y por último, en el apartado I.3.3, se describe el punto de inflexión que supone la aparición del voto de hacia estos nuevos líderes populistas en América Latina.

I.3.1 La debilidad del voto de clase en América Latina

Como ya se ha dicho anteriormente, diversos estudios han señalado el declive del voto de clase en los países industrializados durante las últimas décadas. A pesar de este debilitamiento, algunos autores consideran que en estos países el voto de clase ha sido mucho más fuerte que en la región latinoamericana. Por ejemplo, Mainwaring y Torcal (2004) concluyen, en su estudio de la década de los 90, que el voto de clase era mucho más débil en 7 países latinoamericanos que en 7 países europeos: de los 24 pares de partidos analizados en los 7 países de la región latinoamericana, solamente encontraron significación estadística para 7 de ellos, y sólo se aprecia algo de voto de clase en Uruguay, Brasil, Argentina, Perú y Venezuela.

La literatura ha señalado diversos factores que explicarían los bajos niveles del voto de clase en la región. A nivel institucional, se ha destacado que el largo periodo de autoritarismo vivido impidió que surgiera un sistema de partidos institucionalizado (Mainwaring y Torcal, 2005) en el que los partidos compitieran a través de vínculos programáticos de clase. De esta forma, los vínculos entre votantes y candidatos en América Latina serían de tipo más personalista y multclasista, como se verá más adelante. El hecho de que la clase trabajadora accediera de manera tardía al sufragio y a través de una estrategia de cooptación por parte de las élites que buscaban aliados políticos, impidió también la emergencia de una conciencia clasista que se reflejara en la participación política (Dix, 1989). Otro factor institucional importante es el presidencialismo característico de las democracias latinoamericanas: la importancia de capturar el puesto de Presidente en estos sistemas de gobierno fomentaría la formación de coaliciones multclasistas para poder hacerse con la victoria (Mainwaring y Torcal, 2004: 4).

A nivel estructural, se ha señalado la diferencia en la estructura de clases de los países latinoamericanos con respecto a los países occidentales industrializados. Dix (1989: 33) considera que la diferencia fundamental reside en la composición heterogénea de las masas en América Latina, lo cual ha impedido que estas masas fueran absorbidas por partidos con identidades exclusivas de clase, en contraste con la alta conciencia de clase que emergió en los trabajadores industriales del mundo occidental. La política de masas en América Latina, de esta manera, tomó forma de partidos de carácter inclusivo, ecléctico y multclasista. El mismo autor sostiene que ha sido el sector terciario de la estructura económica el que ha reemplazado a las actividades de

agricultura y del sector primario¹⁵, y en ese sector los trabajadores son menos susceptibles para la unión sindical y las reivindicaciones de clase (Dix, 1989: 32).

Dentro de la estructura de clases, otro factor de vital importancia es la falta de conciencia de clase por parte del <<lumpemproletariado>>. Las urbes latinoamericanas están plagadas de asentamientos ilegales que han dado forma a los *barrios*¹⁶, zonas deprimidas en las que se concentran los ciudadanos de menor ingreso, muchos de ellos migrantes provenientes de zonas rurales. Los pobres urbanos que habitan estos asentamientos carecen de cualquier atisbo de identidad colectiva de clase (Roberts, 1998) y tienden a ver su presente y futuro en términos de movilidad individual¹⁷, por lo que son más proclives a ser captados en redes clientelares¹⁸ y a dar su apoyo a figuras populistas que desafían el <<status quo>>.

A nivel económico, la introducción de medidas neoliberales a partir de la década de los 80 en la región provocó una reestructuración de la vieja matriz estadocéntrica, la cual se caracterizaba por un pacto de corte corporativista entre distintos actores sociales como los partidos políticos, los sindicatos y los empresarios, y supuso una nueva correlación de fuerzas que erosionó las características políticas y organizativas del anterior modelo que daban forma a un cierto voto de

15 Si bien hay que tener en cuenta que Dix hace referencia a la estructura económica de los años 80, y por lo tanto no puede captar que las posteriores políticas neoliberales que se aplicaron en la región y el boom de las materias primas en la década del 2000 fomentaron en algunos países, de cierta manera, una reprimarización de la economía.

16 Estos asentamientos han adoptado nombres diferentes en los países, como las <<favelas>> en Brasil o las <<Villas Miseria>> en Argentina.

17 Por lo que, siguiendo la teoría del voto económico, estaríamos hablando de electores con valoraciones egotrópicas, es decir, que sólo valoran su situación económica personal a la hora de decantarse por un candidato o por otro.

18 Para Menéndez-Carrión (1985: 28), las barriadas urbanas son ambientes ideales para la tentación de compra de votos, puesto que *“el hecho mismo de que la segregación residencial obliga a los sectores marginados a concentrarse espacialmente en zonas ecológicas caracterizadas por condiciones físicas altamente precarias, hace de la barriada el escenario ideal para el político en busca de votos, cuya estrategia tenderá a capitalizar precisamente en las oportunidades proselitistas que las condiciones típicas de la barriada ofrecen”*. Según Cazés (1996: 10-11), *“los ciudadanos pobres son fácilmente manipulados cuando la ignorancia es parte de la miseria de sus vidas: la pobreza y la falsa conciencia, el mandato cultural dominante, los obligan a aceptar el intercambio inequitativo que marca las relaciones clientelares como algo natural e incuestionablemente obligatorio, ineludible, deseable”*.

Sin embargo, algunos autores como Franco (1990) o Auyero (1999) inciden en que estas redes clientelares no pueden analizarse exclusivamente desde la óptica instrumental y alienante hacia los pobres, ya que estas redes generan identidades y relaciones de <<accountability>> y <<responsiveness>> (Kitschelt, 2000) entre patrón-cliente. Los autores que analizan el clientelismo desde una perspectiva más “optimista” consideran que estos arreglos entre patrón-cliente proporcionan un medio de conexión entre centro y periferia, incrementando la conciencia política de los actores involucrados en condiciones en las que la participación directa está limitada (Auyero, 1996: 34-35).

clase¹⁹ (Roberts, 1998), a través de dos efectos principales: la informalidad en la economía y la debilidad de las organizaciones sindicales.

Si bien la economía informal es un fenómeno complejo que puede hacer referencia a varias situaciones distintas²⁰, sus efectos son bien conocidos (Castells y Portes, 1989: 31): por un lado, socava el poder del trabajo organizado y los sindicatos en todas las esferas: la negociación económica, la organización social y la influencia política, profundizando aún más la dualización y la escisión ideológica entre los trabajadores empleados bajo la protección sindical y aquellos que trabajan fuera de esta lógica; y, por otro lado, incrementa la heterogeneidad de la situación laboral y, por tanto, de las condiciones sociales: cuanto más se expande la economía informal, más se difumina la estructura social, con relaciones horizontales que sustituyen las estables relaciones verticales de producción. El aumento de la informalidad ha sido una constante durante las últimas décadas en América Latina, suponiendo cerca del 50% del empleo urbano a finales del siglo XX (Levitsky, 2003) y erosiona, en definitiva, las organizaciones de clase y las identidades clasistas (Roberts, 1998).

El cierre de plantas productivas, la precarización del empleo, la subcontratación y la creación de zonas especiales de exportación -todas ellas características propias del nuevo modelo económico- han debilitado severamente al proletariado formal, así como su capacidad para impulsar la acción colectiva en la esfera laboral y partidista (Roberts, 1998; Hoffman y Portes, 2003: 76).

I.3.2 El carácter multclasista del populismo: un repaso a sus bases electorales

El hecho de que América Latina sea la región más desigual del mundo no se ha visto traducido en la aparición de un clivaje fuerte de clase en torno al cual compitieran los partidos políticos. Los sistemas de partidos latinoamericanos se han caracterizado, más bien, por la continua aparición de líderes carismáticos que forjaron alianzas multclasistas a través de una ideología ambigua que mantuviera conectados a todos los sectores. Esta lectura nos permitiría concluir que la ausencia de una política fuerte de clase ha incentivado que los líderes populistas busquen su apoyo entre las distintas líneas de clase de la estructura social. Pero hay quien hace esta lectura de manera inversa: es el populismo, por su naturaleza multclasista, el que ha debilitado la aparición de organizaciones de clase. Por ejemplo, Mainwaring y Torcal (2004: 26) señalan que los líderes populistas utilizan un

19 Dix (1989: 32) señala que, a pesar de la influencia de los sindicatos en el anterior modelo económico, estos, al igual que la estructura de clases, eran muy heterogéneos, por lo que se entremezclaron los intereses de sectores disímiles como los profesores, los trabajadores gubernamentales o los trabajadores metalúrgicos, diluyendo la posibilidad de que apareciera una subcultura de clase trabajadora como surgiera en los países industrializados.

20 Véase Castells y Portes, 1989: 13-15.

discurso diferente al de la retórica de clase, pues su foco de atención es el “pueblo” y no las clases sociales, lo cual hace menos probable la aparición de este tipo de organizaciones. Dix (1989: 27), por otro lado, destaca que los partidos populistas se caracterizan por ser pragmáticos y eclécticos en su programa e ideología; multclasistas en su base de apoyo, y orientados a amplios llamados electorales que van más allá de un grupo concreto. En cualquier caso, no todos los liderazgos populistas han estructurado la organicidad del partido y su relación con la sociedad civil de la misma manera (Roberts, 2006). Algunos han optado por relaciones directas y no institucionalizadas con seguidores no organizados, mientras que otros han construido sólidas organizaciones partidarias para encapsular a sus adherentes. En la esfera civil, otros se han enfocado en establecer relaciones con sindicatos, grupos campesinos o distintos movimientos sociales.

A continuación, se detallan las bases electorales a través de las cuales se sustentaron los liderazgos populistas en las distintas fases históricas, señalando las diferencias entre estas bases y la organicidad propulsada entre los distintos líderes.

Las bases electorales del populismo clásico

Como ya se ha comentado anteriormente, los populismos clásicos han sido analizados, desde la teoría de la dependencia, como una coalición de sectores varios como los trabajadores de cuello azul, las clases medias y la burguesía industrial de pequeña escala.

El Peronismo, a pesar de apelar de manera más contundente al voto de la clase trabajadora y recibir la mayor parte del apoyo por parte de esta clase, estuvo formado desde un principio por una coalición heterogénea y multclasista. Entre el 26% y 49% del estrato bajo y medio-bajo de la capital federal votó por candidatos peronistas en las cinco elecciones que transcurrieron desde 1960 hasta 1973, y entre las clases medias altas y altas el apoyo fue del 31% y el 30%, respectivamente, para la elección de septiembre de 1973 (Dix, 1989: 28). La heterogeneidad del Peronismo se palpa, sobre todo, en su base de apoyo más rural: si bien a nivel metropolitano la clase trabajadora constituía el principal soporte del movimiento político, la alianza con caudillos locales permitió movilizar el voto en las regiones menos desarrolladas con pocos trabajadores industriales. De esta forma, si en 1946 encontramos que el voto peronista estaba asociado positivamente con variables como la industrialización, la urbanización y el tamaño de la población de clase trabajadora, en la elección presidencial de 1973 se aprecia que el partido justicialista recibió cerca del 60% del voto de los distritos rurales, mientras que no fue capaz de alzarse con la mayoría en la mayor parte de distritos urbanos (Gibson, 1997: 346). Si bien hay que tener en cuenta que estudios basados en encuestas urbanas han encontrado un apoyo consistente a lo largo

del tiempo de la clase trabajadora argentina hacia el partido peronista (Gibson, 1997: 347) y que las identidades de clase que surgieron en estas masas de trabajadores fueron peronistas, la heterogeneidad de este partido en el apoyo electoral y en sus liderazgos lo hacen diferente del clásico partido europeo de clase²¹.

Una coalición similar a la anterior fue gestada por el PRI mexicano. Durante la presidencia del considerado presidente populista Lázaro Cárdenas, entre 1934-1940, se incorporó en el partido a sectores de trabajadores y agricultores y el movimiento sindical nacional fue movilizadado como una constitución oficial del partido. También compartió con el peronismo su carácter de coalición rural: el apoyo electoral del PRI estuvo altamente correlacionado con indicadores de ruralidad, producción primaria y analfabetismo, así como negativamente relacionado con indicadores de urbanización, educación y ocupaciones características de la economía metropolitana (Gibson, 1997: 351).

El carácter multclasista de los populismos clásicos se evidenció también en los apoyos del APRA peruano o el varguismo brasileño. El hecho de que estos populismos fueran más proclives a la construcción de densas redes organizativas, mayoritariamente a través de la incorporación de las clases trabajadoras en la esfera partidaria o de la sociedad civil, los diferencia notablemente con las bases de apoyo que forjaron sus continuadores en la década de las reformas de mercado, los cuales, como se verá a continuación, tendieron a movilizar a los electorados descartando la organización cívica y partidaria.

Las bases electorales del neopopulismo

Los cambios que habían sufrido las sociedades latinoamericanas en la década de los 80 con respecto a la etapa de los primeros populismos modificaron, a su vez, las lógicas coalicionistas que habían caracterizado a estos regímenes. Los nuevos líderes tuvieron que buscar otros apoyos, como los partidarios de las reformas de mercado, y formar nuevas bases electorales en un contexto de alta heterogeneidad y urbanización de la política. De esta manera, los neopopulistas consiguieron aglutinar a sectores medios y medios-altos que permanecían fuera del tradicional sistema corporativista y se vieron beneficiados por las políticas aperturistas de mercado, así como a las fragmentadas clases bajas que habían escapado de los tentáculos organizativos de los clásicos partidos populistas (Gibson, 1997: 360-361). Estos sectores menos favorecidos eran, en su

21 Quizás los partidos latinoamericanos que más se asemejen a este modelo europeo sean los de corte marxista, en el sentido de que disponen de un alto componente ideológico y apelan directamente a los trabajadores y a sectores como los agricultores o los pobres urbanos (Dix, 1989: 29), aunque no queda claro que la base de apoyo a estos partidos sea monoclasista.

mayoría, empleados de la economía informal y pobres rurales (Conniff, 2003; Freidenberg, 2007). Sorprendentemente, los nuevos populismos habían conseguido sustentar una alianza policlasista que unía electoralmente a los más pobres junto a los más ricos, y en la que frecuentemente no estaban incluidos los clásicos sectores que habían sostenido a los viejos populistas.

En 1996, Bucaram aglutinó electoralmente a una élite marginal de origen libanés junto a los sectores más marginados de la sociedad, algunos segmentos de la clase media desplazados del sistema laboral y algunos intelectuales de la izquierda marxista (De la Torre, 2003). Los votantes de Collor de Mello “*incluían a los sectores excluidos de la sociedad brasileña, esto es a los destituidos, los más pobres, los analfabetos... y también a una proporción de votantes de ingreso medio y una fracción de los sectores de ingresos más altos*” (Moisés, 1993: 583, en De la Torre, 2003). Fujimori ganó las elecciones de 1990 gracias al apoyo de los sectores más pobres, incluyendo los habitantes rurales andinos, los indios, los cholos, aquellos que se desempeñaban en el sector informal de la economía (Degregori, 1991: 102, en De la Torre, 2003; Roberts, 1998, 2006); en definitiva, sectores de ingresos bajos que previamente habían votado por el APRA u otros partidos de izquierda y que buscaban una alternativa viable a la propuesta neoliberal de Vargas Llosa. Sin embargo, su coalición incluyó también a sectores empresariales emergentes y otros grupos de élite que apoyaron las medidas neoliberales que finalmente aplicó en el país. Menem reemplazó las clásicas convocatorias clasistas del peronismo por apelaciones más genéricas, así como a las tradicionales bases electorales que habían dado soporte al partido: ahora su apoyo era más fuerte en las partes más altas y bajas de la estructura social, sustituyendo la coalición basada en la clase trabajadora por una de rasgos populares y conservadores (Gibson, 1997: 365-366; Roberts, 1998).

En definitiva, estos neopopulistas incorporaron también a los sectores marginados de la sociedad, pero no a través de la constitución de amplias estructuras orgánicas de apoyo, sino más bien a partir de redes clientelares que permitieron aliviar de manera inmediata los efectos de las políticas neoliberales implantadas por estos mismos líderes.

I.3.3. Giro a la izquierda... ¿y hacia el voto de clase?

Los estudios de comportamiento electoral acerca de las clases sociales que apoyan a los gobiernos de izquierda en la región han sido más bien escasos en los últimos años (Lupu, 2010: 8) y la mayoría de ellos han sido estudios de caso, sobre todo del proceso venezolano, o basados en correlaciones bivariadas o espaciales a la hora de analizar el apoyo por sectores sociales. Un estudio destacable es el realizado por Handlin (2007), en el que el autor concluye que, durante el período de 1990-2005, los partidos de izquierda o centro-izquierda con más arraigo en la región -

como el PS y PPD de Chile o el FA de Uruguay- tuvieron mayor éxito en movilizar al electorado de las clases medias y medias-altas que al electorado de las clases bajas.

Sin embargo, los estudios electorales sobre la izquierda populista ponen de relieve que sí puede estar apareciendo un voto de clase hacia estos gobiernos. Para el caso de Venezuela, la mayoría de estudios²² (Roberts, 2003; Canache, 2004; Handlin, 2008; Heath, 2009, entre otros) han señalado que los pobres votan, en su mayoría, a favor de Chávez, mientras que la clase media y media-alta vota mayoritariamente en contra. Además, el chavismo se ha consolidado en los últimos procesos electorales como un movimiento fuerte, sobre todo, en los estados menos poblados y en las zonas rurales (López y Lander, 2006; Hidalgo, 2010). En el caso de Bolivia, los estudios inciden también en que el principal apoyo proviene de los sectores populares: Madrid (2006) concluye que, en las elecciones presidenciales de 2002 previas a la definitiva victoria de 2005, el MAS aglutinó a una coalición de votantes indígenas, pobres, activistas sindicales, desencantados políticos y gente con ideología estatista, izquierdista y nacionalista; Romero Ballivián (2006) señala que la votación por el MAS en las elecciones de 2005 se acentuó en los barrios pobres, si bien Morales capturó una parte significativa del voto de las clases medias y medias-altas; y Vargas del Carpio Ribert (2011) observa una reducción del voto de la clase media por Morales entre las elecciones de 2005 y 2009. Para otros casos como el argentino, Lupu y Stokes (2009: 536) constatan que las elecciones presidenciales de 2003 reafirmaron la tendencia histórica hacia una polarización clasista, con el partido justicialista atrayendo mayoritariamente el voto de los pobres; y para el caso de Ecuador, los estudios de comportamiento electoral son casi inexistentes. Freidenberg (2008: 31) considera que la habilidad de Rafael Correa para recoger el sentimiento de cambio político y la negativa de muchos ciudadanos de votar por su contrincantes ha desembocado en un apoyo multisectorial entre la clase media serrana, sectores de clase alta y las clases más marginadas de todas las regiones; Larrea (2011), por otro lado, realiza un análisis espacial de la votación del referéndum que el Gobierno planteó en el 2011 con respecto a la aprobación de 10 preguntas planteadas en forma de consulta popular²³. En este análisis, se percibe un alejamiento de los sectores medios en ciudades como Quito y Cuenca del oficialismo, los cuales habían apoyado al Gobierno en elecciones anteriores, así como un mayor apoyo entre los estratos populares y la región de Costa,

22 Una excepción supone el estudio de Lupu (2010), en el que concluye que sólo en la elección de 1998 se constata un voto de clase hacia Chávez, siendo esta relación difuminada en las siguientes elecciones.

23 Si bien un referéndum es un proceso electoral de muy distinto tipo al de una elección presidencial, se toma como referencia en el caso concreto de Ecuador debido a la escasez de estudios electorales que se han realizado sobre este país, y porque algunos autores señalan que sus resultados son el reflejo de las últimas confrontaciones del gobierno de Rafael Correa con algunos sectores de la población (Pachano, 2012).

mientras que ese apoyo disminuye en la población indígena y en las regiones Sierra y Amazonía. Estos resultados y el enfrentamiento que ha habido los últimos años entre el Gobierno y algunos sectores de estratos medios puede estar perfilando, por tanto, un voto de clase también para el caso de Ecuador. Por último, algunos autores (Paramio, 2010) destacan que las clases medias urbanas han sido claves en la oposición a algunos regímenes populistas actuales de la región, como en el caso de Hugo Chávez en Venezuela y Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, lo cual es otra razón de peso más para considerar que pueda estar surgiendo un voto de clase hacia estos nuevos populismos.

Jacobo García: “¿Voto de clase en los nuevos populismos? Los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador”.

II. DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN

Los liderazgos populistas se sustentaron en coaliciones multclasistas que fueron moldeando según las masas disponibles y la coyuntura que encontraron. A su vez, los sectores populares fueron el principal abastecimiento electoral de estos líderes y esta relación en ocasiones se tradujo, sobre todo en los clásicos populismos, en la generación de amplias estructuras de organización y movilización que generaron identidades de clase. Sin este apoyo y la movilización de masas populares, como señala Roberts (2006: 5), “*the lines of demarcation between populism and other types of personalistic leadership are murky*”. Por lo tanto, si por un lado, la mayoría de la literatura sobre América Latina ha coincidido en señalar los bajos niveles de voto de clase propios en la región, también para los líderes populistas, pareciera que la esencia del liderazgo populista vincula a estos líderes, de manera indiscutible, con el apoyo de los sectores más populares.

La actual etapa populista se presenta en la región con diferencias respecto a los clásicos populismos y los nuevos que surgieron en la década de los 80. Si bien se señala que existen semejanzas entre el modelo económico implementado por los actuales líderes con el aplicado en la primera fase de los populismos²⁴, así como en el estilo de liderazgo y la relación con las bases de apoyo²⁵, la estructura de las sociedades latinoamericanas, las variables económicas o los partidos políticos no son los mismos que hace 60 o 30 años. Las diferencias entre las fases históricas de los liderazgos populistas estimulan, por tanto, el interés académico por conocer la composición de las bases electorales que apoyan a los actuales líderes populistas en la región. Los escasos estudios de comportamiento electoral ya mencionados que se han realizado con este propósito señalan un posible surgimiento de voto de clase para estos nuevos populismos, si bien algunos de ellos no muestran la suficiente evidencia empírica para sostener esta afirmación y ninguno de ellos ha considerado, además, la necesidad de responder a esta pregunta a través de un análisis comparativo que pueda captar de manera integral el voto hacia los diferentes líderes considerados como populistas en la región.

Algunos autores, además, han destacado las ventajas de un análisis de clase en los países latinoamericanos para examinar las causas de la desigualdad y la pobreza y para entender las relaciones estratégicas de poder y conflicto a largo plazo entre los grupos sociales y las formas en

24 Para el caso chavista, véase, por ejemplo, Corrales y Penfold, 2011. Aparte de las semejanzas o diferencias del modelo económico que implantan estos nuevos populistas con respecto al modelo ISI, estos líderes se declaran “*socialistas del siglo XXI*”, lo cual estimula a clarificar quiénes son los que se identifican con este modelo inédito en la región.

25 Para el mismo caso, véase Arenas, 2005.

que esas luchas condicionan los tipos de vida de sus miembros (Hoffman y Portes, 2003: 266, en Hidalgo, 2010). Por lo tanto, los análisis de voto de clase para la región latinoamericana pueden servir de base para posteriores estudios que se propongan con esos fines anteriormente mencionados.

Este trabajo pretende llenar el vacío existente en la literatura latinoamericana acerca del voto de clase en los liderazgos populistas y se plantea con un doble objetivo de tipo descriptivo y explicativo: a nivel descriptivo, trata de indagar en si ha habido un voto de clase hacia estos nuevos líderes populistas en América Latina, es decir, se comprobará si la pertenencia a una clase social ha influido en el voto, y se contrastarán las similitudes y diferencias de los resultados entre estos líderes populistas para dar respuesta de manera integrada; a nivel explicativo, se tratará de indagar en las causas que explican la presencia o ausencia de la relación entre la clase social y el voto a los líderes populistas, considerando factores de tipo político-económicos, institucionales o estructurales de los propios países.

II.1. Metodología

Para el desarrollo de esta investigación se plantea un análisis comparativo de n-pequeña (Landman, 2008) de 3 casos: el voto a Hugo Chávez en Venezuela, a Rafael Correa en Ecuador y a Evo Morales en Bolivia. Para la fase descriptiva, el análisis comparado se basará en el método estadístico de n-grande para cada uno de los casos: utilizando datos provenientes de las encuestas de opinión pública del proyecto LAPOP (*Latin American Public Opinion Project*), se efectuarán modelos de regresión logística binaria para hallar el voto de clase de un líder populista frente a todos los demás candidatos, en cada caso, y proceder posteriormente a la comparación entre los distintos modelos. La razón por la que se ha decidido realizar un análisis multivariante de datos es para solventar los problemas inferenciales derivados de los análisis bivariantes, los cuales no consideran el efecto que pueden tener variables antecedentes a la de clase social; y los problemas derivados de los análisis ecológicos, los cuales infieren la naturaleza de los individuos a partir de las estadísticas agregadas del grupo al que dichos individuos pertenecen, lo cual se conoce como “falacia ecológica”. Usando un método multivariante, podemos estimar el efecto neto que la variable clase social tiene sobre el voto a un líder populista frente a los otros candidatos²⁶. Se analizará el voto a estos líderes populistas en las elecciones presidenciales del 2006 para Venezuela;

26 Para ver otras ventajas de la utilización de estas técnicas multivariantes, véase Hout *et.al.*, 1995.

2005 y 2009 para Bolivia, y 2006 y 2009 para Ecuador²⁷. Para esta fase, por tanto, las unidades de análisis son los individuos y el estudio está orientado a las variables (<<variable-based>>) (Landman, 2008).

Para la fase explicativa, la unidad de análisis es el país y el estudio está orientado al caso (<<case oriented>>) (Landman, 2008): usando diferente información de tipo social, económica y política, se pretende ejecutar un análisis de tipo cualitativo que pueda explicar los resultados obtenidos en la fase descriptiva.

La selección de estos casos se justifica porque una estrategia clásica para definir la muestra en un estudio comparativo consiste en seleccionar casos paradigmáticos del fenómeno que se desea explicar (Pérez Liñán, 2007: 6) y son estos tres líderes los que encarnan, precisamente, los procesos populistas en la región (Freidenberg, 2011: 9). Soy consciente de que la selección de casos aquí efectuada, utilizando como criterio la presencia del mismo resultado en la variable dependiente -voto por un líder populista-, limita los tipos de inferencias que pueden extraerse del análisis comparativo. Sin embargo, el escaso número de casos disponibles en la realidad empírica para efectuar este análisis no permitía otra alternativa en la estrategia metodológica.

Por último, se ha descartado incluir en el análisis a líderes que, en ocasiones, han sido señalados como populistas en la literatura, como los Kirchner en Argentina o Daniel Ortega en Nicaragua. Estos líderes provienen de partidos con fuerte raigambre en la sociedad y en el sistema político, y no casan bien con la etiqueta de *outsiders* ni de líderes <<refundacionistas>>²⁸, dos criterios esenciales utilizados en las definiciones mínimas del populismo. De hecho, Daniel Ortega accedía al poder en Nicaragua en el año 2007 por segunda vez, tras haber sido presidente previamente durante el período 1985-1990.

II.2. Variables utilizadas e hipótesis²⁹

27 Desgraciadamente, LAPOP no dispone de encuestas de opinión pública para analizar las elecciones de 1998 y 2000 en Venezuela, en las cuales el líder populista Hugo Chávez ya se alzó con la victoria. He encontrado serias dificultades para adquirir otros tipos de encuestas sobre el caso venezolano y, además, puesto que la medición ocupacional de las clases sociales es inconsistente a través de las diferentes encuestas, esto hubiera causado algunos problemas metodológicos para mi trabajo.

28 Como dice Panizza (2008: 89), *“las convocatorias para asamblea constituyente en Venezuela, Bolivia y Ecuador son la expresión de la promesa fundacional del populismo. En el discurso populista, un nuevo orden constitucional es necesario para suplantar la tensión entre el momento de ruptura -que, si fuera reproducido en el tiempo, conduciría a una política de la revolución permanente-, y la integración al orden institucional existente -que, de completarse, marcaría el fin del populismo-”*.

29 Más información sobre las preguntas originales que se tomaron del cuestionario de LAPOP para construir las variables, en el anexo III.

La variable dependiente utilizada es el voto en las elecciones presidenciales para cada año analizado, y queda operacionalizada como variable categórica dicotómica: en una categoría se agrupan todos los valores para el voto al líder populista, y en otra categoría se agrupan los valores para el resto de candidatos.

La variable independiente *clase social* está construida a partir del esquema ocupacional de Erikson y Goldthorpe (1992), puesto que a la hora de analizar el comportamiento político, las características de la posición en las relaciones laborales tienen más poder explicativo que factores como el ingreso o el estatus social (Evans, 1999). El modelo original de estos autores, como puede verse en el anexo I, está compuesto por un esquema de cinco clases: la pequeña burguesía y hacendados (pequeños empleadores y auto-empleados), la clase servicios (distintos grupos de profesionales de este sector y managers), la clase rutina no manual (trabajadores de “cuello blanco” de menor grado) y la clase trabajadora, dividida entre trabajadores cualificados y trabajadores no cualificados. Las ventajas operativas de este esquema son que, por un lado, toma en cuenta las diferencias entre las relaciones laborales, al distinguir entre *empleadores*, *empleados* y *auto-empleados*; y, por otro lado, capta las diferencias existentes dentro de la misma categoría de *empleados*, al distinguir entre la clase servicios y la clase obrera (Evans, 1999: 9-10). El esquema de Erikson y Goldthorpe está basado, por lo tanto, en relaciones objetivas de clase, y no en factores subjetivos como la propia conciencia de clase de los individuos.

Sin embargo, la variable clase social presentada en este trabajo presenta algunas diferencias respecto a la clasificación original de Erikson y Goldthorpe (anexo II), con el objetivo de captar las particularidades de la estructura social latinoamericana. En esta región, una proporción significativa de la población no está incorporada en un mercado laboral plenamente regulado, sino que sobrevive en un amplio abanico de actividades económicas clandestinas de subsistencia, conocido como el sector informal (Hoffman y Portes, 2003: 43). Además, la informalidad y la acentuada desigualdad salarial propias de la estructura ocupacional latinoamericana provocan que exista una alta heterogeneidad, entre las distintas categorías de clase, pero también al interior de una misma categoría (Tókmán, 2007: 31). Por ello, se ha optado por realizar las siguientes modificaciones al modelo original de Erikson y Goldthorpe: por un lado, se ha creado una categoría extra, denominada la clase <<marginal autoempleada>>, compuesta por aquellos trabajadores que, en principio, formarían parte de la clase <<pequeña burguesía>>, pero que reportan ingresos mensuales menores al equivalente del salario mínimo de cada país analizado: de esta manera, usando los bajos ingresos como proxy a la informalidad y la marginalidad, se evita la distorsión que provocaría tratar a todos los autoempleados como <<pequeña burguesía>>; por otro lado, se ha dividido la <<clase servicios>> en dos categorías: a) <<servicios alta>>, cuyos

individuos reportan ingresos mensuales encuadrados en el cuartil superior y b) <<servicios baja>>, cuyos individuos reportan ingresos mensuales correspondientes a los tres cuartiles inferiores. En el caso de Venezuela, debido al bajo número de casos disponibles para el análisis, se ha optado por fundir algunas categorías, intentando siempre agrupar los casos en las categorías más similares: de esta manera, los trabajadores que estarían incluidos en la clase <<rutina no manual>> y que reportan ingresos mensuales correspondientes a los tres cuartiles inferiores, pasan a formar parte de la clase <<servicios baja>>, mientras que aquellos que reportan ingresos mensuales correspondientes al cuartil superior pasan a formar parte de la clase <<servicios alta>>. La clase <<rutina no manual>> queda extinguida para este caso por el bajo número de casos que ofrecía. Por lo tanto, la variable clase social se presenta para este trabajo como una variable categórica con seis valores para el caso de Venezuela y siete valores para los demás casos.

Al categorizar la clase social siguiendo este esquema, solamente se han incluido a los individuos que se encuentran dentro del mercado laboral, por lo que el número de casos para cada categoría se ha reducido considerablemente al incorporar varias condiciones. Una forma de aumentar el número de casos sería la de considerar la clase ocupacional del cabeza de familia del entrevistado, en el caso en que éste estuviera fuera del mercado laboral. Desgraciadamente, LAPOP no ofrece ese tipo de pregunta en su cuestionario. Por lo tanto, para respaldar el análisis ocupacional que se realiza en este trabajo, se ha optado también por realizar un análisis auxiliar operacionalizando la clase social por ingresos, convirtiéndola en una variable categórica con cuatro valores representando los cuartiles de la distribución del ingreso mensual de los entrevistados para cada encuesta. Al estrato que recoge el cuartil de menor ingreso se le ha nombrado con la categoría D; al segundo de menor ingreso la categoría C, y así sucesivamente hasta el estrato que representa el cuartil de mayor ingreso, que es el A. De esta manera, se maximiza la posibilidad de comparación a través de los diferentes países y los diferentes años.

Por último, se incluyen algunas variables de control que deben incluirse en los modelos de regresión logística para tener en cuenta el rol que juegan las variables antecedentes a la clase social y así poder hallar el efecto neto de esta variable (Clark, 2001 en Torcal y Mainwaing, 2004; Lupu, 2010). Entre estas variables se incluyen la edad, el sexo, la residencia urbana o rural y el nivel educativo. Si por ejemplo, los hombres tuvieran más probabilidad de encontrarse en una categoría ocupacional determinada y a la vez tuvieran más probabilidad de votar contra un líder populista, el no tener en cuenta estas variables antecedentes nos mostraría una relación espuria entre la clase social y el voto. Para el análisis, la edad se ha incluido como variable continua y el nivel educativo se ha recodificado como variable categórica en tres valores: hasta educación primaria completada (individuos cuyo nivel de estudios máximo es la educación primaria completada, sin ningún año de

educación superior a ésta completado); hasta educación secundaria completada (individuos cuyo nivel de estudios máximo es la educación secundaria completada, sin ningún año de educación superior a ésta completado) y hasta educación terciaria completada (desde los individuos que tienen algún año de educación superior completado, hasta los que tienen la educación terciaria completada).

A tenor de lo visto en el marco teórico, se plantea la hipótesis, para la parte descriptiva del trabajo, de que la clase social sí influye a la hora de votar por un líder populista: se plantea, por lo tanto, que hay un voto de clase en los nuevos populismos.

Traducido al esquema de clases ocupacional aquí empleado, se plantea que los individuos que pertenecen a las clases con condiciones más desfavorables en el mercado laboral, es decir, las clases manuales (obreros cualificados y no cualificados) y la clase marginal autoempleada, votan en mayor medida a los líderes populistas que los individuos que pertenecen a la clase de servicios-alta.

En el caso de la clase social operacionalizada por ingresos, se plantea la hipótesis de que las clases de menor ingresos votan en mayor medida a estos líderes que las clases de mayores ingresos.

III. ANÁLISIS DE LOS DATOS

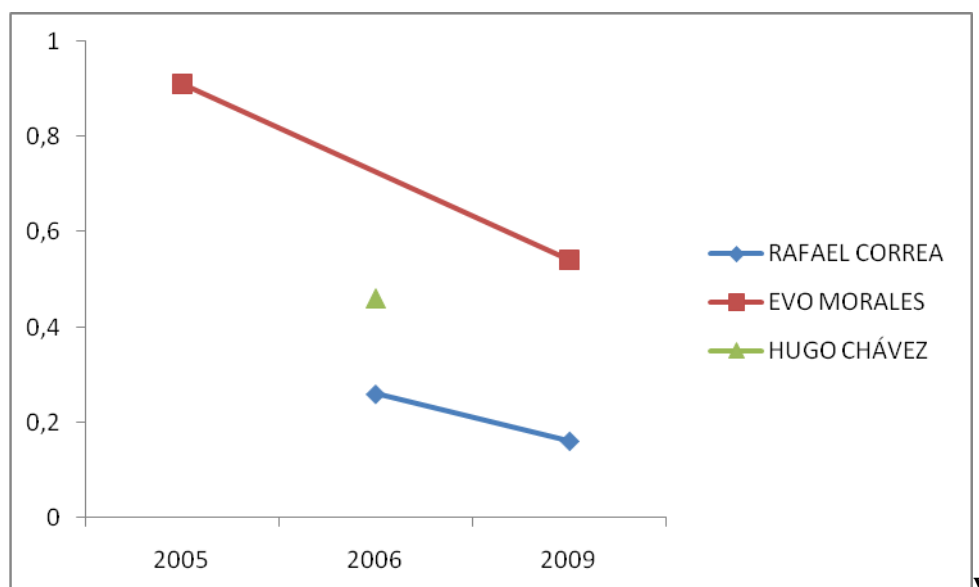
En los anexos IV-VI se muestran los resultados de las regresiones logísticas efectuadas. Un primer análisis de los datos revela que la variable clase social, en su conjunto, es significativa para los casos de Bolivia (2005 y 2009) y para Venezuela (2006), mientras que no es significativa para el caso de Ecuador (2006 y 2009). Esto significa que la variable clase social sí ha tenido incidencia a la hora de votar a Evo Morales, en Bolivia, respecto a los otros candidatos, y Hugo Chávez, en Venezuela, pero no así a la hora de votar a Rafael Correa, en Ecuador. Utilizando como categoría base la clase obrera cualificada para todos los modelos³⁰, se puede apreciar que, en Bolivia, tres categorías de clase son significativas respecto a la categoría base, en 2005, y dos categorías lo son en 2009; en Venezuela, tres categorías son significativas en 2006; y en Ecuador, solamente una categoría es significativa, en 2006, y ninguna lo es en 2009.

Una manera útil y sencilla de medir, de manera absoluta, el nivel de voto de clase para cada modelo, es a través de la construcción del índice κ (Hout *et al.*, 1995). Este índice se construye hallando la desviación típica del total de los *log-odds ratio* de cada categoría de clase con respecto a la categoría base. De esta manera, se está calculando el nivel de dispersión de los *log-odds ratio* de estas categorías, lo cual es muy apropiado para este modelo, al tener la variable clase social muchas categorías. Un valor de 0 significaría que las categorías de clase no difieren entre sí a la hora de votar por un líder populista sobre los otros candidatos, y sería el valor más bajo posible para el nivel de voto de clase, que sería nulo. Cuanto mayor sea este valor, mayor será el voto de clase para cada modelo. En el gráfico I se ofrece una representación de este índice en perspectiva comparada: los resultados indican que el mayor nivel de voto de clase se dio hacia Evo Morales, sobre todo en su primera elección (0,91), si bien descendió en la segunda (0,54); también hay un nivel considerable de voto de clase hacia Hugo Chávez (0,46³¹), mientras que este índice toma valores muy bajos para el caso de Rafael Correa (0,26 y 0,16). Estos resultados parecen corroborar, por tanto, el análisis efectuado en el párrafo anterior.

30 Cuando en un modelo de regresión logística se introduce una variable independiente como categórica y hay pocos casos para cada una de sus categorías, es recomendable poner como categoría base aquella que sea la más numerosa (Escobar *et. al.*, 2009).

31 Como ya se ha dicho, para el caso de Hugo Chávez, la variable clase social tiene seis categorías ocupacionales, frente a las siete de los modelos de Evo Morales y Rafael Correa. Podría esperarse, por tanto, que el valor del índice kappa para el caso del líder venezolano estuviera influido por el menor número de categorías y que esto supusiera un sesgo importante a la hora de comparar su valor con el de los otros líderes. Sin embargo, se ha procedido a calcular el valor que tendría este índice para un modelo original de siete categorías de clase para Hugo Chávez, y el resultado es muy similar: 0,45.

GRÁFICO I. Voto de clase (Índice Kappa) hacia Evo Morales, 2005 y 2009; Hugo Chávez, 2006 y Rafael Correa, 2006 y 2009.



FUENTE: Elaboración propia.

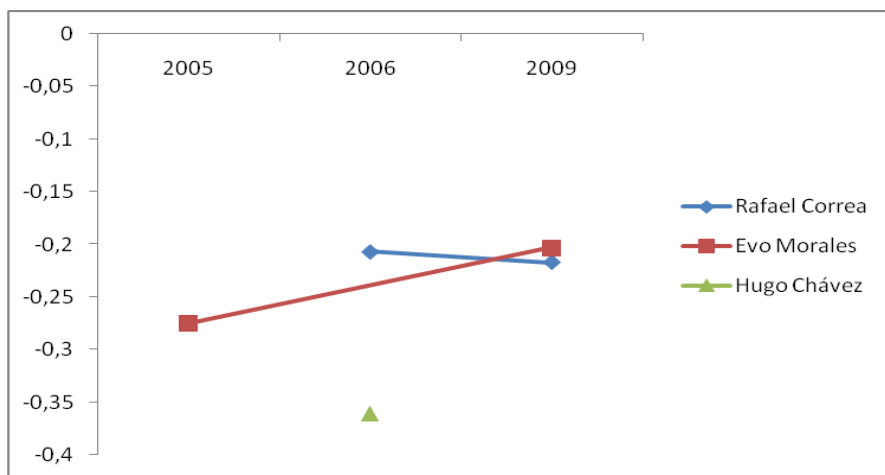
Otra estrategia empleada por algunos autores a la hora de medir el nivel de voto de clase, es la de hallar el llamado índice <<Thomsen>>. Este índice se basa también en los *log-odds ratio* como una medida de fuerza de la relación entre la clase social y el voto. La estrategia predominante en los estudios de voto de clase para hallar este índice consiste en restar los *log-odds ratio* de los trabajadores manuales a la hora de votar a un partido de izquierda frente a un partido de derecha, de los *log-odds ratio* de los trabajadores no manuales para el mismo tipo de voto. Un valor 0 para este índice significaría que no hay diferencia, a la hora de votar por un partido de izquierda frente a uno de derecha, entre las clases manuales y las no manuales.

Hallar este índice puede ser útil para este análisis en los siguientes propósitos: en primer lugar, siguiendo la medición clásica, podemos hallar la diferencia entre los *log-odds ratio* de las clases manuales a la hora de votar a un líder populista frente a los otros candidatos y los *log-odds ratio* de las clases no manuales para el mismo tipo de voto, y concluir, si el valor del índice fuera cercano a 0, que se estaría validando la argumentación aquí presentada de que la heterogeneidad propia de la estructura social latinoamericana provoca que las diferencias entre clases a la hora de votar a un líder populista frente a otros candidatos, no sean tanto a nivel manual – no manual, como sí han demostrado los estudios de voto de clase para las sociedades occidentales, si no que deben tenerse en cuenta las diferentes condiciones que tienen las clases sociales pertenecientes a cada una de estas dos categorías a la hora de plantear un análisis de voto de clase, como se ha propuesto en este trabajo; en segundo lugar, podemos hallar la diferencia entre los *log-odds ratio* de las clases

manuales y la clase marginal autoempleada y así comprobar si las diferencias -entre otras- de tipo organizativas, salariales o ideológicas (véase pág. 13) que existen entre estas clases, se traducen también en una manera diferente de votar hacia los líderes populistas frente a otros candidatos; y, en tercer lugar, podemos hallar la diferencia entre los *log-odds ratio* de la clase social con mayores ingresos (estrato A) respecto a la clase social con menos ingresos (estrato D), y comprobar si el voto de clase medido de manera ocupacional se traduce, también, en un voto de clase medido a través de los ingresos³².

En el gráfico II se observa que, efectivamente, las diferencias de voto entre las clases manuales y no manuales son muy insignificantes -valores muy cercanos a 0- para los tres líderes populistas, sobre todo para los casos de Rafael Correa y Evo Morales (-0,21 y -0,22, para el primero, y -0,28 y -0,20, para el segundo), que obtienen valores del índice Thomsen muy similares, y este valor es algo más alejado de 0 para el caso de Hugo Chávez (-0,36). Nótese que el valor de los índices es negativo porque se está calculando la diferencia entre las clases manuales y las no manuales, y la probabilidad de votar a un líder populista frente a otros candidatos disminuye en las clases no manuales frente a las primeras. Esto reafirma, como hemos dicho, la visión aquí plasmada de que existe una alta heterogeneidad dentro de cada uno de estos dos grandes conjuntos de clases, pues el voto de clase que sí apareció en los anteriores modelos de 6 y 7 clases ocupacionales para Evo Morales y Hugo Chávez se difumina al operacionalizar la clase social de esta manera.

GRÁFICO II. Diferencia en el voto entre las clases manuales vs. no manuales (Índice Thomsen) hacia Evo Morales, 2005 y 2009; Hugo Chávez, 2006 y Rafael Correa, 2006 y 2009.

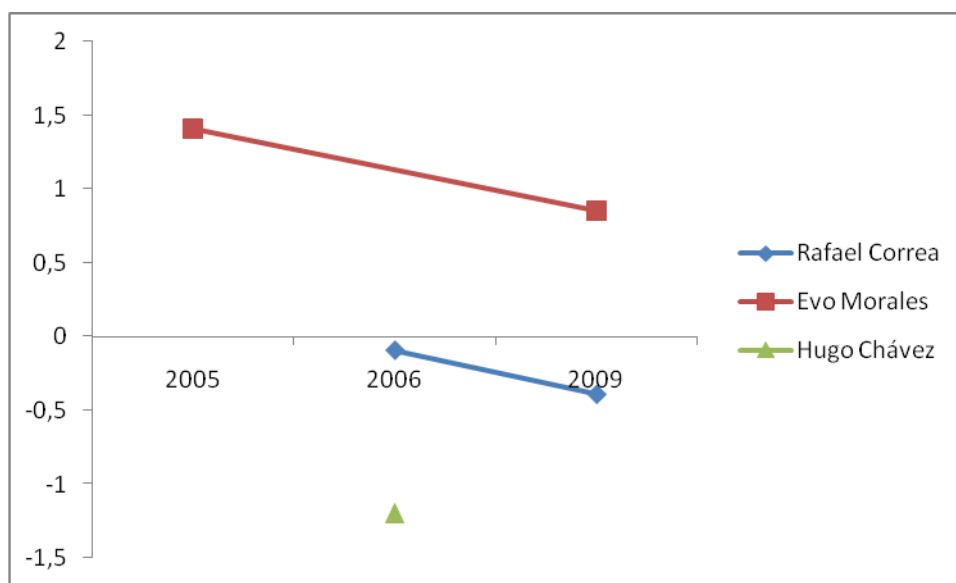


32 Utilizar el índice kappa para medir el nivel absoluto de voto de clase, operacionalizada ésta por ingresos, no sería de mucha utilidad analítica, pues las categorías de clase son solamente cuatro y es de esperar que el nivel de dispersión no sea tan alto como en las clases ocupacionales. Más bien, lo que nos interesa contrastar es cómo votan los más pobres, que a menudo son a los que la literatura se refiere con la denominación de “clases populares”, en contraposición a los más ricos.

FUENTE: Elaboración propia.

En el gráfico III se confirma la brecha en el voto a líderes populistas entre las clases manuales y la clase marginal autoempleada, la cual supone ser, esta última, una clase muy <<sui géneris>> que vota según patrones distintos en cada contexto. En Bolivia, esta clase vota significativamente más a favor de Evo Morales frente a otros candidatos que las clases manuales en su conjunto (1,41 y 0,85); en el caso de Rafael Correa, no hay prácticamente diferencias entre estas dos clases para la primera elección (-0,09), si bien se aprecia que en la última elección la clase marginal autoempleada votó en menor medida a este líder populista frente a otros líderes, que las clases manuales (-0,39); y, para el caso de Hugo Chávez, al igual que el de su homólogo boliviano, la diferencia es muy significativa, pero en sentido negativo: es menos probable que la clase marginal autoempleada vote por este líder frente a otros candidatos, que las clases manuales (-1,198).

GRÁFICO III. *Diferencia en el voto entre las clases manuales vs. la clase marginal autoempleada (Índice Thomsen) hacia Evo Morales, 2005 y 2009; Hugo Chávez, 2006 y Rafael Correa, 2006 y 2009.*

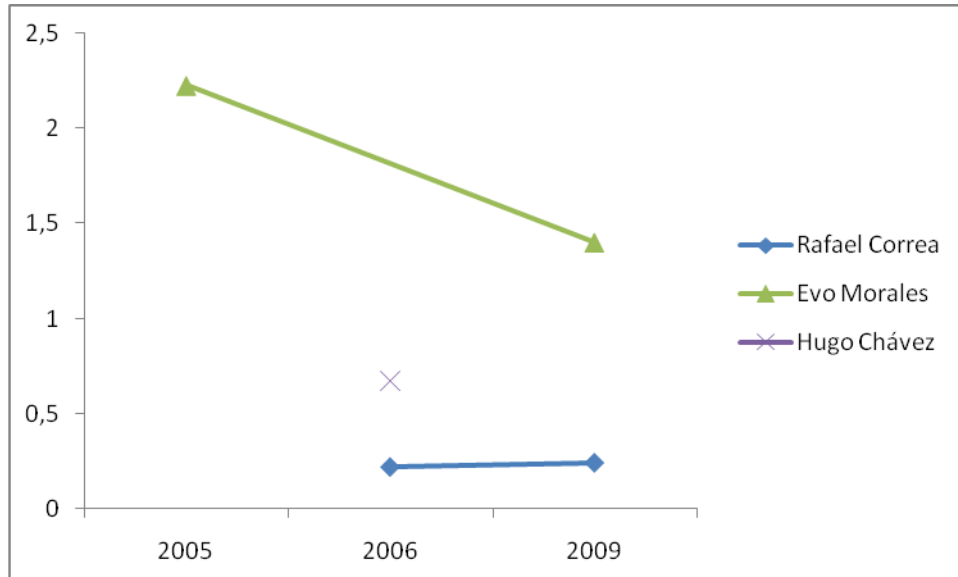


FUENTE: Elaboración propia.

Por último, en el gráfico IV, se respaldan los resultados que se obtuvieron al medir el voto de clase ocupacional a través del índice kappa, al proceder a calcular el índice thomsen del voto de los más ricos frente al de los más pobres: hay un fuerte voto de clase hacia Evo Morales (2,23 y 1,4); también hay un voto de clase considerable hacia Hugo Chávez (0,67), aunque menor que el del primero; y, como en los anteriores modelos, el voto de clase hacia Rafael Correa es prácticamente inexistente, con valores muy cercanos a 0 (0,22 y 0,24). Puesto que todos los valores son positivos,

en todos estos modelos los más pobres votan con mayor probabilidad a un líder populista frente a otros candidatos que los más ricos.

GRÁFICO IV. *Voto de clase (Índice Thomsen de los más ricos vs. los más pobres) hacia Evo Morales, 2005 y 2009; Hugo Chávez, 2006 y Rafael Correa, 2006 y 2009.*



FUENTE: Elaboración propia.

Jacobo García: “¿Voto de clase en los nuevos populismos? Los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador”.

IV. EXPLICANDO LAS DIFERENCIAS DEL VOTO DE CLASE EN LOS NUEVOS POPULISMOS

Para analizar las diferencias en el voto de clase a través de una comparación <<cross national>> entre Venezuela, Bolivia y Ecuador, se ha optado por seguir la estrategia de estudios anteriores que consideran que estas diferencias pueden explicarse, principalmente, a través de factores institucionales, estructurales y político-económicos de los distintos países (Dix, 1989; Mainwaring y Torcal, 2004). En este trabajo se es consciente de que son muchos los factores que habría que considerar para hacer una descripción exhaustiva de las diferencias en el voto de clase hacia estos tres líderes populistas, y que esta comparación a nivel agregado no permite desentrañar los mecanismos causales que operan tras la asociación entre la clase social y el voto en cada uno de los casos, pero el objetivo de este trabajo no es ofrecer una explicación de por qué existe la asociación entre estas dos variables, sino comprobar, en primer lugar, si esa asociación existe, y posteriormente poder explicar las diferencias de esa relación entre clase social y voto entre los tres líderes populistas analizados. El primero de esos objetivos ya se presentó en la parte descriptiva de este trabajo; a continuación, se efectúa una comparación entre los tres países para explicar las diferencias en el voto de clase hacia los nuevos populismos.

IV.1. La obsolescencia de las teorías institucionalistas

Las teorías institucionalistas sobre el voto de clase en América Latina, como ya se avanzó en el marco teórico, han estado casi siempre dirigidas a explicar por qué la relación entre la clase social y el voto había sido muy débil en la región, en comparación, sobre todo, con la región europea. Ninguno de estos enfoques ha ofrecido una explicación para el resultado contrario, es decir, para explicar por qué en algunos casos sí ha surgido una fuerte relación entre la clase social y el voto en América Latina. Los resultados obtenidos en este trabajo sugieren que estos enfoques institucionalistas deberían ser revisados, ya que no sirven para explicar el actual estado del voto de clase en la región. Ni el presidencialismo característico de las democracias latinoamericanas (Dix, 1989), ni el hecho de que la clase trabajadora accediera de manera tardía al sufragio a través de una estrategia de cooptación por parte de las élites (Dix, 1989), o el hecho de que los sistemas de partidos latinoamericanos sean, en su mayoría, de baja institucionalización y con poca competencia de vínculos programáticos de clase entre los partidos (Mainwaring y Torcal, 2005), son factores que impidan el surgimiento de un voto de clase en la región latinoamericana, como lo muestran los casos de Venezuela con el gobierno de Hugo Chávez o de Bolivia, con el gobierno de Evo Morales. Menos aún son factores que puedan ser considerados explicativos de las diferencias del voto de clase entre los nuevos populismos, pues los tres casos analizados en este

trabajo son regímenes presidencialistas y sufrieron un proceso de progresiva desinstitucionalización de sus sistemas políticos, previo a la llegada de estos líderes populistas. Si bien Venezuela fue una de las democracias más tempranas y estables de la región latinoamericana en el siglo XX, con un sistema de partidos institucionalizado en el que sí había cierta competición en torno a vínculos programáticos de clase (McCoy y Myers, 2004) y de hecho era uno de los pocos países en los que apareció un voto de clase (Mainwaring y Torcal, 2004: 16); por su parte, Bolivia y Ecuador son dos casos muy similares en sus *tempos* de democratización (Alcántara, 2003): Bolivia instauró un sistema democrático en 1982, tras un gobierno militar caracterizado por la represión y la cooptación de todas las instituciones políticas, y en Ecuador, la democracia llegó en 1979, tras un proceso de transición muy tutelado por los sucesivos gobiernos militares que se hicieron con el control del país desde 1972. A pesar de ser dos países de temprana democratización y, por lo tanto, de tardío acceso al sufragio, en uno de ellos sí ha aparecido un fuerte voto de clase -Bolivia-, mientras que en el otro no existe tal relación entre el voto y la clase social -Ecuador-. Estas variables de tipo institucionalista no son los factores fundamentales que explican por qué surge un voto de clase en América Latina en la actual década, ni por qué existen estas diferencias entre los países analizados.

IV.2. Refutando las teorías <<estructuralistas>>

A diferencia de las teorías institucionalistas, otros estudios han puesto el foco de atención en características propias de la estructura social latinoamericana para explicar los bajos niveles de voto de clase que hay en la región. Para Dix (1989), la heterogeneidad propia de esta estructura social y el avance de los trabajadores en el sector servicios -junto al escaso número de trabajadores obreros industriales- son las variables fundamentales que explican la escasa relación entre la clase social y la orientación del voto. El papel central que la clase obrera industrial juega a la hora de crear una conciencia de clase y, por lo tanto, de crear sindicatos y partidos de clase que reflejen sus intereses, ha sido señalado también por otros autores (Dogan, 1995; Bartolini, 2000), quienes deducen que el voto de clase debería ser mayor en países donde la proporción de trabajadores de <<cuello azul>> sea mayor y, por lo tanto, debería ser menor donde abunde el sector informal en la estructura social.

El análisis aquí efectuado refuta las explicaciones causales de estas teorías de tipo <<estructuralista>>. Se observa en América Latina un surgimiento de voto de clase que rompe esquemas con el pasado, al menos en lo que a la izquierda populista se refiere, y por lo tanto, ya no parece tan clara la línea divisoria respecto a otras regiones con estructuras sociales diferentes como la europea. Si bien en la tabla I se observa que Ecuador tiene una proporción del PIB

industrial (14%) significativamente menor a la de Bolivia (31%) y Venezuela (34,9%), y que su tasa de afiliación sindical es muy inferior, también, a la de los dos países -2% frente al 13% de Venezuela y 27% de Bolivia-, considerar que estos rasgos de la estructura de clases configuran automáticamente la formación de preferencias electorales es un modelo determinista que tiende a sobrevalorar los condicionantes estructurales del voto, como ya se avanzó en el marco teórico. Aunque se diera por buena esta relación causal de tipo estructuralista, este trabajo ha demostrado que no necesariamente la clase obrera es la piedra angular del voto de clase: en el caso de Bolivia, es la clase marginal autoempleada el corazón de la coalición electoral que da soporte a Evo Morales.

Tabla I. *Porcentaje del PIB del sector industrial y de personas afiliadas a un sindicato en Bolivia, Ecuador y Venezuela.*

	BOLIVIA	ECUADOR	VENEZUELA
% del PIB industrial (2011)	31%	14%	35%
Tasa de afiliación sindical (2011)	27%	2%	13%

FUENTE: Para el porcentaje del PIB industrial: Banco Central de Bolivia, Banco Central de Ecuador y Banco Central de Venezuela.

Para las tasas de afiliación sindical: “*Sindicatos fuertes, sindicatos débiles*”, Diario El país, 16 de diciembre de 2011.

Además, los mismos autores que resaltan la importancia de estos condicionantes estructurales del voto hacen referencia a una estructura de intermediación necesaria que canalice el voto de los electores hacia el líder político, principalmente a través de los sindicatos. Por lo tanto, sólo cabe esperar que estos condicionantes estructurales se traduzcan en un voto de clase hacia los líderes populistas en el caso en que estos líderes realmente hayan movilizado el voto de los sindicatos que representan a la clase industrial trabajadora. Como se verá más adelante en este trabajo, el Chavismo supone un contrafáctico a esta teoría <<movilizacional>>, puesto que el voto de clase hacia Hugo Chávez no ha surgido gracias a la movilización del voto por parte de los sindicatos, sino a pesar de la directa oposición y confrontación del Gobierno con la principal central sindical del país, la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV) (Salamanca, 2004, Handlin: 2008: 13)

Por otro lado, en este trabajo ha quedado puesto de manifiesto que la informalidad no está reñida con el voto de clase: en lo que a la clase marginal autoempleada se refiere, ya se ha visto sus peculiaridades en cada contexto, en unos casos votando masivamente a favor de un líder populista

-caso de Evo Morales-, y en otros casos en contra -caso de Hugo Chávez-. Por supuesto, el sector informal incluye a trabajadores de otro tipo, como los familiares no remunerados, los de algunas microempresas y los que se desempeñan en el empleo doméstico (Rosenbluth, 1994), pero esto no hace sino refutar las teorías que consideran la informalidad un obstáculo para el surgimiento del voto de clase, puesto que la mayoría de estas profesiones mencionadas, incluidas en el sector informal, son las que obtienen una menor retribución económica y se pueden encuadrar dentro de las clases manuales cualificadas y no cualificadas, que como se ha visto anteriormente, en los casos de Bolivia y Venezuela sí votan masivamente a un líder populista, y por lo tanto, sí hay un voto de clase.

De igual manera, la heterogeneidad propia de la estructura social latinoamericana -y que también ha quedado reflejada en este trabajo- no impide el surgimiento de un voto de clase. Otros autores señalan (Atria, 2004: 43) que la heterogeneidad propia de la estructura social latinoamericana no solamente se manifiesta en la dimensión ocupacional del trabajo, sino también en la dimensión cultural de la sociedad, sobre todo en países donde la población indígena es más numerosa y, por tanto, la etnicidad juega un papel preponderante. El carácter multiétnico, pluricultural y multilingüe de estos países con destacada presencia indígena dificultaría, en mayor medida, que los partidos puedan articular un programa político que recoja todas estas fracturas sociales y culturales y movilicen a los electores con identidades colectivas de clase³³.

Lo que este trabajo pone de manifiesto es que la alta concentración de población indígena en un país no supone un obstáculo para el surgimiento del voto de clase. De los tres países aquí analizados, dos de ellos tienen una fuerte presencia indígena -Ecuador y Bolivia-, y en el otro, esta presencia es casi insignificante -Venezuela- (tabla II). Si bien el censo de 2001 llevado a cabo en Ecuador establece, según el criterio de autoidentificación, que la población indígena es del 6,8%,

33 No se quiere decir, con esto, que las diferencias étnicas no se hayan trasladado a la esfera política a través de partidos que traten de movilizar votos apelando al clivaje étnico. De hecho, en países como Ecuador, el factor étnico se ha convertido en un eje ordenador del conflicto político que debe ser tomado en cuenta en cualquier análisis de los hechos políticos sucedidos en los últimos años (Sánchez, 2008: 191-231, en Pachano, 2010: 231-232), siendo los Pueblos Indígenas los principales actores en las expresiones y manifestaciones para los sucesivos cambios de gobierno y condición para la estabilidad política del país (Lux de Cotí, 2010: 11-12). Lo que se quiere decir es que, precisamente donde esta heterogeneidad étnica es mayor -y con mayor presencia en el conflicto político- es más difícil que aparezca un clivaje de clase que ordene las preferencias políticas a través de identidades clasistas. Además, estos partidos étnicos no han llegado a ser partidos predominantes que hayan conseguido la mayoría electoral, pudiendo arrastrar, de esta manera, un voto de clase. Como se discutirá más tarde, el caso del partido MAS a través del liderazgo de Evo Morales puede suponer un punto de inflexión en cuanto a esta tendencia.

esta conceptualización tiene grandes sesgos debido a que una buena parte de la población indígena se considera “mestiza”, por el estigma de exclusión social que tienen las poblaciones aborígenes (CEPAL, 2005). Otros estudios realizados estiman que las cifras de población indígena en este país varían entre el 25% y el 35% (Centro Cultura Abya-Yala, 2006; Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas, 2006). Bolivia es el país, de los tres casos analizados, con mayor porcentaje de población indígena, según datos del Banco Mundial: un 62%, y la población indígena en Venezuela es un escaso 2,2%.

TABLA II. *Porcentaje de población indígena en Bolivia, Ecuador y Venezuela.*

Bolivia	Ecuador	Venezuela
62%	6,8% - 35%	2,2%

FUENTE: Banco Mundial, 2011 (Bolivia y Venezuela); Censo Nacional de Ecuador, 2011, Centro Cultura Abya-Yala, 2006 y Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas, 2006 (Ecuador).

A pesar de su numerosa población indígena, Bolivia es el país con mayor voto de clase de los aquí analizados, por lo que se rechaza la influencia de la heterogeneidad étnica de la estructura social como variable que explique los bajos niveles de voto de la región latinoamericana. Este argumento está íntimamente relacionado, además, con el de la informalidad, pues la población indígena siempre se ha caracterizado por su situación de exclusión social, económica y política, teniendo menor acceso a ocupaciones profesionales y técnicas y absorbiendo, por lo tanto, una proporción mayor del trabajo no calificado en la esfera informal (Lux de Cotí, 2010: 8). Ni la informalidad, ni la presencia indígena, se muestran como variables fundamentales a la hora de explicar por qué hay o no hay voto de clase en los tres casos estudiados.

El descarte de estas teorías de tipo <<estructuralista>> no le resta importancia a la estructura social de un país a la hora de configurar el voto de clase. Muchos de los liderazgos populistas han tenido éxito en la esfera electoral porque supieron aprovechar las oportunidades que la estructura social les ofreció, principalmente, una masa de electores de clases bajas que son desvinculados de los partidos tradicionales, o que nunca han sido incorporados en la esfera política, y están disponibles para la movilización electoral y la asimilación de nuevas identidades políticas (Roberts, 2006:11, Heath, 2009: 198). Cabe pensar que este sea el caso, también, de los nuevos liderazgos populistas. La aplicación de las políticas neoliberales en la década de los 90 en América Latina, conocidas como las del <<Consenso de Washington>>, provocó una década de estancamiento económico y de aumento de las tasas de pobreza y desigualdad que afectó, sobre todo, a los

estratos más bajos de la región. Diversos estudios han mostrado que el malestar de los ciudadanos con los efectos de estas políticas se tradujo en un desalineamiento de los electores respecto a los partidos políticos que consideraban responsables por ello³⁴.

Sin embargo, si bien el tipo de estructura social condiciona, hasta cierto punto, las posibilidades del surgimiento del voto de clase en un país, estas condiciones estructurales, como se ha mostrado en este trabajo, no son suficientes para explicar por qué surge un voto de clase hacia los líderes populistas, menos aún para explicar por qué surge en el caso de unos líderes y no en el de otros. Otros factores deben tenerse en cuenta, por lo tanto, para poder explicar las diferencias en el voto a los tres líderes populistas aquí presentados. Para Sartori (1990), el voto de clase no se explica por las condiciones de la estructura social, sino a través de la intervención política: la conciencia de clase emerge porque los partidos políticos crean esta percepción subjetiva de la clase, y esto se traduce, en la esfera electoral, en un apoyo masivo de las clases obreras a los partidos que han polarizado la esfera política en torno a la clase social de los electores. Es decir, el voto de clase podría explicarse a partir de un enfoque <<top-down>>: son los actores políticos, los que a través de los discursos y manifiestos partidarios, o a través de la aplicación de políticas sociales, logran movilizar masivamente el voto de las clases trabajadoras (Chhibber y Torcal, 1997 en Mainwaring y Torcal, 2004: 10). Analizar el discurso y programa de los partidos políticos es una tarea muy laboriosa y difícil de llevar a cabo dadas las limitaciones de este trabajo, y sólo cabe esperar que estos factores tengan influencia significativa en el voto cuando los electores no disponen de mayor información sobre los candidatos políticos, es decir, principalmente en la primera elección en la que se presentan. El análisis de las políticas sociales implementadas por los gobiernos puede operacionalizarse y ejecutarse de una manera más sencilla e incluso estas políticas pueden considerarse más influyentes y representativas del discurso y el programa de un partido político en el comportamiento electoral. Por lo tanto, para comprobar si estas teorías políticas tienen peso explicativo en las diferencias de voto de clase en los nuevos populismos, se procede, a continuación, a efectuar una comparación de lo que se podrían denominar <<políticas económicas de clase>> implementadas por estos líderes durante los últimos años.

IV.3. Cuando las políticas económicas de clase no lo explican todo

Diversos estudios sobre Europa y América Latina a lo largo del siglo XX (Lipset y Rokkan, 1967; Bartolini y Mair, 1990; Collier, 1991 y Bartolini, 2002; en Handlin, 2008: 12) han mostrado que, las políticas programáticas impulsadas por los partidos socialistas y social-demócratas, basadas

34 Véase, por ejemplo, Johnson y Ryu, 2010.

principalmente en la redistribución de la renta y la regulación del mercado, fueron factores fundamentales para crear un vínculo estrecho de apoyo con las clases obreras y, por lo tanto, para que surgiera un voto de clase en los respectivos países. Otros autores se refieren a la extensión del estado del bienestar en los respectivos países como el impulsor de un sistema de representación de clase entre los electores y los partidos políticos (Goldthorpe, 1984; Esping Andersen, 1985 y 1999; Streeck, 1992, en Mainwaring y Torcal, 2004: 3).

Para comprobar si la aplicación de políticas sociales focalizadas en las clases obreras y marginales pueden explicar las diferencias en el voto de clase en los tres casos aquí presentados, se procede a realizar una comparación de tres clases de indicadores a nivel cross national: en primer lugar, los indicadores del coeficiente de Gini³⁵ y de medición de la pobreza, los cuales pueden mostrar si las políticas redistributivas implementadas por estos gobiernos populistas han sido exitosas a la hora de reducir la desigualdad y la pobreza; en segundo lugar, los indicadores del gasto público social, total y diseccionado por el gasto en educación, salud, seguridad social y vivienda y otros, los cuales son representativos del tamaño del estado del bienestar en cada país; y, en tercer lugar, se analiza la repercusión de las políticas públicas más importantes focalizadas hacia estas clases, la mayoría de ellas conocidas como programas de transferencias condicionadas, puesto que se ha señalado los efectos políticos que estas políticas han tenido en la orientación del voto, en el sentido de que las personas que reciben asistencia social se decantan, en mayor medida, por votar al partido o presidente en el gobierno que aquellos que no la reciben (Layton y Smith, 2011).

En la tabla III se muestra que los 3 gobiernos han conseguido reducir los índices de pobreza y desigualdad, si bien con distinta intensidad: el caso de Venezuela ha sido el más exitoso en esta tarea, debido también a que el gobierno de Hugo Chávez lleva más tiempo en la presidencia, reduciendo la pobreza desde el 49,4% en 1999 hasta el 30,2% en 2006, y reduciendo el coeficiente de Gini desde 0,5 hasta 0,45 para los mismos años; desde el año 2005 hasta el 2009, el gobierno de Evo Morales también redujo considerablemente el porcentaje de personas pobres, desde el 60,6% hasta el 51,3%, si bien los índices de desigualdad prácticamente permanecieron igual -el coeficiente de Gini pasó de 0,57 a 0,56-; y, por último, el gobierno de Rafael Correa también logró una reducción de ambas cifras, pero con apenas diferencia: la pobreza pasó de 43% en 2006 a 42,2% en 2009 y el coeficiente de Gini se redujo de 0,53 a 0,50 para los mismos años.

En cuanto al gasto público dedicado a políticas sociales, la tabla IV muestra que los 3 gobiernos han aumentado considerablemente, en valor nominal, el monto dedicado a la inversión en

35 Medida de desigualdad en donde el 0 se corresponde a una igualdad absoluta y el 1 se corresponde con la perfecta desigualdad.

distintas áreas como la educación, la salud, la seguridad social o la vivienda, entre otros. Este aumento es menos

TABLA III. *Índice de Gini y porcentaje de personas pobres en Bolivia, Ecuador y Venezuela.*

	BOLIVIA (Banco mund)		ECUADOR		VENEZUELA	
	2005	2009	2006	2009	1999	2006
Índice de concentración de Gini (valores entre 0 y 1)	0,57*	0,56**	0,53	0,5	0,5	0,45
Porcentaje de personas pobres	60,6	51,3	43	42,2	49,4	30,2

FUENTE: Comisión Económica para América Latina y el Caribe CEPAL (Ecuador y Venezuela); Banco Mundial Bolivia).

* Año 2007

** Año 2008

significativo en Bolivia, donde el gasto público social total por habitante pasó de 184 millones de dólares estadounidenses en 2005 a \$211 millones en 2008, suponiendo un aumento del 57,34%, e incluso el gasto público social en vivienda disminuyó para el mismo periodo; pero es muy significativo en Ecuador, donde el mismo gasto se aumentó desde \$139 millones en 2006 a \$292 en 2009, lo cual se traduce en un incremento del 105%, y también para Venezuela, donde el gasto se aumentó de 461\$ en 1998 a 795\$ en 2006, lo cual supone un aumento del 86,23%. Para este último caso hay que considerar, además, que una buena parte de la inversión social ejecutada por el gobierno de Hugo Chávez se ha hecho a través de partidas presupuestarias especiales, cuyos fondos han provenido directamente de la empresa petrolera estatal PDVSA y que no aparecen registrados como gasto público social (Corrales y Penfold, 2011), como se verá más adelante al hablar de las políticas sociales focalizadas llamadas las *Misiones*.

Por último, estos tres gobiernos han impulsado políticas focalizadas hacia los más pobres, como se verá a continuación. En el caso de Bolivia, el gobierno de Evo Morales ha impulsado varios programas asistenciales para atender las necesidades de estos sectores en el país, basadas principalmente en transferencias de dinero en efectivo desarrolladas con los ingresos de los hidrocarburos: Bono Juancito Pinto, Renta Dignidad y Bono Juana Azurduy (Del Campo, 2010: 217). El Bono Juancito Pinto comenzó en 2006 y consiste en la transferencia de 200 bolivianos -aproximadamente 29 dólares estadounidenses- por año a los niños, como incentivo para que

continúen su educación hasta el sexto grado de la escuela primaria. Renta Dignidad consiste en la entrega de bonos de 1800 bolivianos -aproximadamente 344 dólares estadounidenses- a mayores de 60 años que no reciben pagos de pensiones públicas, para aliviar la pobreza extrema en este estrato de la población. El bono Juana Azurduy, establecido en mayo de 2009, concede transferencias de dinero a las madres que no tienen seguro, para así incentivarlas a recibir ayuda médica durante y después de sus embarazos, con la finalidad de reducir la mortalidad materna e infantil. Las nuevas madres reciben 50 bolivianos para asistir a cuatro visitas médicas prenatales, 120 bolivianos para el parto y 125 bolivianos para cada cita médica hasta el segundo cumpleaños del niño o niña. Las madres deben mostrar, para recibir los fondos, que han asistido a las visitas médicas. En el caso de Bolivia, cabe destacar también el incremento de la cobertura del servicio de electricidad, que aumentó desde el 68,3% al 80% de las

TABLA IV. *Gasto público social en millones de dólares estadounidenses en Bolivia, Ecuador y Venezuela.*

	BOLIVIA		ECUADOR		VENEZUELA	
	2005	2008	2006	2009	1998	2006
Gasto público social total por habitante	184	211	139	292	461	795
Gasto público social en educación por habitante	75	92	76	169	207	326
Gasto público social en salud por habitante	36	37	35	55	77	106
Gasto público social en seguridad social por habitante	54	66	21	53	123	270
Gasto público social en vivienda y otros por habitante	18	17	6	14	54	93

FUENTE: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

familias, así como el acceso a sistemas de alcantarillado, cuya cobertura se amplió del 45,9% al 50,8% de las familias (Informe de UDAPE, 2009, en Del Campo, 2010: 217). Además, el salario mínimo se incrementó, desde los 440 bolivianos en el 2006, hasta los 647 bolivianos en el 2009 (INE, 2012).

En el caso de Ecuador, cabe destacar dos tipos de políticas públicas focalizadas: el Bono de Desarrollo Humano y la Misión Solidaria Manuela Espejo. La primera de ellas tiene su inicio en la presidencia de Jamil Mahuad, en 1998, en la que se creó el Bono Solidario con el objetivo de proporcionar una transferencia monetaria equivalente a 15,10 dólares estadounidenses mensuales a cada madre beneficiaria y de 7,60 dólares estadounidenses a cada anciano o anciana beneficiario, para compensar los bajos ingresos de estas personas que se verían afectadas por la eliminación de subsidios de gas, gasolina y electricidad, así como por la crisis financiera de 1999 que tuvo lugar en el país. Con el gobierno de Rafael Correa, los beneficiarios del Bono pasaron de ser 1.181.737 personas en 2006 a 1.658.404 en octubre de 2009 y alrededor de 1,8 millones en 2011, ampliando el presupuesto de 184.447 miles de dólares estadounidenses en 2006 a 573.147 en 2009 y ampliando la cantidad mensual recibida a los beneficiarios, que pasó a ser 35 dólares estadounidenses (León Guzmán, 2009). Los beneficiarios del Bono de Desarrollo Humano siguen siendo las personas en situación de mayor pobreza, entre las que se encuentran madres solteras, adultos no pensionistas de los sistemas de seguridad social y personas con 40% o más de discapacidad. Esta política focalizada se acompañó de otras estrategias complementarias, como proveer de un descuento a los beneficiarios del bono en la compra de productos que integran la canasta básica de alimentación, mediante acuerdos con supermercados privados.

Por otro lado, la Misión Solidaria Manuela Espejo, si bien es de reciente creación -junio de 2009-, ha gozado de una alta popularidad dentro del país e incluso fuera de él, siendo objeto de réplica en seis países latinoamericanos (Diario El Universo, 2012). Esta Misión consiste en *“un estudio bio psico social clínico genético para estudiar y registrar georeferencialmente a todas las personas con discapacidad a escala nacional. Desde julio de 2009 a noviembre de 2011, se consiguieron visitar 1.286.331 hogares en 24 provincias y 221 cantones del Ecuador, estudiando y localizando a 294.611 personas con discapacidad, quienes son atendidas de manera integral en el marco de la fase de respuesta”* (Vicepresidencia República del Ecuador). Como consecuencia de esta Misión, nace el Programa Joaquín Gallegos Lara, que consiste en *“la entrega de una ayuda económica de 240 dólares a un familiar cuidador o persona que se haga responsable del cuidado de una persona que padece de discapacidad física o intelectual severas”*. Dentro de este Programa, cabe destacar, también, *“la entrega de medicinas, capacitación en áreas como salud, higiene, rehabilitación, nutrición, derechos y autoestima y un seguimiento permanente por parte del Seguro Social Campesino y el Ministerio de Salud, en coordinación con la Vicepresidencia de la República”*.

Además de estas políticas focalizadas, cabe destacar algunas políticas enfocadas hacia las clases más bajas o trabajadoras en general, como por ejemplo, la erradicación de la precarización y la tercerización laboral en la Constitución aprobada en 2008; la profundización de los derechos colectivos de colectivos como los indígenas y los afroecuatorianos, el incremento del salario mínimo de 160 dólares estadounidenses, en 2006, a 218 en 2009 (INEC) y el aumento en la cobertura de la canasta básica, que pasó del 67,75% en 2006 al 79,47% en 2009 (SENPLADES, 2012: 54). Además, se han mantenido los subsidios a la gasolina, el gas, el agua y la electricidad para los más pobres (De la Torre, 2010: 24).

El caso de Venezuela es el más paradigmático en cuanto al surgimiento de políticas económicas focalizadas hacia los más pobres, también conocidas como las *Misiones* (Penfold, 2006; Hawkins, Rosas y Johnson, 2006; Corrales y Penfold, 2007; Hawkins, 2010). Bajo presiones electorales, particularmente por la posibilidad de que su presidencia fuera revocada por un referéndum activado por la oposición en 2004, y aprovechando la época de llegada de cuantiosos recursos petroleros por el alto precio de esta materia durante su presidencia, Chávez utilizó recursos extraídos principalmente de la empresa estatal PDVSA para financiar estos programas sociales. Las Misiones comenzaron como programas para atender la salud de los ciudadanos de las zonas más pobres del país, particularmente de los barrios urbanos, conocida como *Misión Barrio Adentro*. Debido a su buena aceptación, tanto esta como otras misiones que se ocupaban de otras necesidades de los más pobres fueron lanzadas por todo el país a partir de 2003. Por ejemplo, se establecieron programas que se centraron en proveer educación, particularmente alfabetización (*Misión Robinson*) y la posibilidad de conseguir el graduado escolar para adultos pobres (*Misión Ribas*). El Gobierno también concentró sus esfuerzos en proveer a los ciudadanos de tarjetas de identificación, las cuales serían requeridas para acceder a las transferencias de dinero que se ofrecían en algunos de estos programas sociales (*Misión Identidad*). Al mismo tiempo, estas tarjetas de identificación serían requeridas por el Consejo Nacional Electoral para las votaciones. Después de la larga huelga general de 2003 convocada por la Oposición que paralizó la producción petrolera del país, el gobierno de Chávez diseñó un programa para distribuir comida subsidiada directamente a los pobres a través de una cadena de tiendas por todo el país (*Misión Merca*). El Gobierno también diseñó un programa para crear puestos de trabajo a través de cooperativas (*Misión Vuelvas Caras*), y más recientemente, el Gobierno aprobó la *Misión Gran Vivienda*, cuyo objetivo es la construcción de 2 millones de viviendas entre 2011 y 2017 para cubrir el déficit habitacional que existe actualmente en el país, a través de la participación del Estado, constructoras y bancos y financiación de diverso tipo.

Se calcula que el monto destinado a estas Misiones, en el año 2004, fue de más de 2 billones de dólares, casi un 2,5% del PBI (Penfold, 2006: 5), y estos fondos han ido creciendo a lo largo de estos años, hasta suponer una inversión de 23 billones dólares por parte de la petrolera PDVSA hasta el año 2010 (Corrales y Penfold, 2011: cap.4). Se calcula que los beneficiarios, en el año 2004, de la Misión Barrio Adentro, fueron cerca de 4 millones de personas; para la Misión Robinson, alrededor de 1 millón; para la Misión Mercal, cerca de 9 millones; para la Misión Vuelvan Caras, aproximadamente 100.000; para la Misión Identidad, casi 6 millones; y para la Misión Ribas, más de 500.000 (Penfold, 2006: 18).

Además de estas políticas focalizadas, cabe destacar el impacto de la expansión económica ligada al ciclo alcista petrolero, desde 2004, en las tasas de empleo de las clases trabajadoras y marginales, así como en el mayor crecimiento de los ingresos nominales de estos estratos populares respecto a los ingresos de los sectores medios y altos (Hidalgo, 2010: 274). El salario mínimo se incrementó, además, desde Bs. 120.000 en 1998 hasta Bs 512.535 en 2006, y si contamos desde 1998 hasta 2008, se aprecia un incremento del salario mínimo en un 867%, frente a un índice inflacionario acumulado del 211% (Ministerio del Poder Popular de Planificación y Finanzas, 2010). Por último, el número de beneficiarios del sistema de seguridad social aumentó por más del doble hasta 2008 (Weisbrot, Ray y Sandoval, 2009: 4).

Por lo tanto, a pesar de algunas leves diferencias, se aprecia que los tres gobiernos han dedicado una importante inversión a políticas sociales propias del estado del bienestar. y han impulsado programas de transferencias condicionadas que han beneficiado, sin duda, a los más pobres de los respectivos países. Sin embargo, esto no se ha traducido, en el caso de Ecuador, en un voto de clase hacia el presidente Rafael Correa. Si bien este hecho podría ser comprensible en la comparación con Venezuela, país en el que se han dedicado ingentes cantidades de dinero a políticas sociales dirigidas a las clases más bajas y durante más años de gobierno, Bolivia tuvo un gasto público total por habitante considerablemente más bajo que el de Ecuador y sin embargo es el país con mayor voto de clase de los aquí analizados. Sin duda, sería muy difícil negar que estas políticas han influido a la hora de recoger el apoyo electoral por parte de las clases más bajas, pero no parecen una condición suficiente para que se halle un voto de clase hacia los nuevos líderes populistas.

IV.4. Buscando las diferencias en las estrategias de movilización y organización

Otro enfoque que trata de explicar el surgimiento del voto de clase en un país tiene que ver con las teorías de la acción colectiva que ponen el énfasis en la movilización de los sindicatos y otros grupos sociales (Mainwaring y Torcal, 2004: 2). Contrariamente a los argumentos estructurales,

estas teorías defienden que el voto de clase depende de la coordinación centralizada de los sindicatos y de las decisiones políticas de las élites: los primeros organizan a los trabajadores y ponen en bandeja el voto de la fuerza laboral organizada a los partidos que hacen un llamado de clase en la esfera política (Bartolini, 2000: 568). Trasladado a nuestro contexto de estudio, lo que se derivaría de este enfoque es que la dimensión organizativa del populismo en la esfera partidaria y en la sociedad civil influiría a la hora de que estos líderes arrastren, en mayor o menor medida, un voto de clase (Roberts, 2006).

Si consideramos esta dimensión organizativa solamente en el vínculo de los sindicatos con estos líderes populistas, lo que se aprecia es que esta movilización sindical no puede explicar las diferencias en el voto de clase hacia estos líderes, como ya se avanzó en el apartado 4.1. Es cierto que Ecuador tiene una historia carente de gran movilización sindical, con ínfimas tasas de afiliación sindical y poco peso del sector industrial en la economía, y que estos factores explican, en parte, la ausencia del voto de clase hacia Rafael Correa.

Sin embargo, Venezuela sí tenía una historia de fuerte movilización sindical previa a la llegada de Hugo Chávez, pero desde sus inicios en el Gobierno, el teniente coronel no tuvo apenas influencia sobre los sectores organizados de la clase obrera (Freidenberg, 2007: 185), los cuales estaban encapsulados, en su mayoría, en la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), histórico aliado del partido opositor al chavismo, Acción Democrática (AD), y que fue un actor clave en las movilizaciones contra el Gobierno entre los años 2001-2004. Aunque tiempo después, Chávez intentó estructurar un movimiento sindical chavista, el cual tomó forma en 2003 con el nombre de Unión Nacional de Trabajadores de Venezuela (UNT), este movimiento no ha conseguido atraer a dirigentes importantes o desafiar con éxito el control de la CTV.

Por otra parte, el éxito en la movilización sindical en el caso de Evo Morales sí parece un factor influyente para el arrastre del voto de clase en aquel país. El partido del líder indigenista, llamado Movimiento al Socialismo (MAS), tuvo desde los años 90 estrechos vínculos con los sindicatos que representaban a los trabajadores indígenas del cultivo de la hoja de coca. Estos líderes sindicales, sumados a otros líderes de organizaciones indígenas, han provisto al partido MAS con numerosos líderes políticos, activistas y recursos materiales que han sido empleados en las campañas electorales (Madrid, 2006: 12). Esta extendida red de sindicatos de la hoja de coca ayudó al partido con abultadas victorias en las áreas rurales de Cochabamba, ya desde las elecciones municipales de 1995 y 1999, así como en la elección presidencial de 1997.

Comprendiendo las nuevas estrategias de movilización y organización en los nuevos populismos

Sin embargo, centrarse solamente en la capacidad de arrastre del voto de los sindicatos no permite comprender en su plenitud las estrategias movilizatorias y organizativas impulsadas por estos tres líderes populistas. Además, es de suponer que esta capacidad de movilización por parte de los sindicatos latinoamericanos sea de menor alcance que la de otros países más desarrollados en los que sí pareció un factor crucial para explicar el voto de clase. Como ya se ha explicado, la aplicación de políticas neoliberales durante la década de los 90 debilitó la fuerza que estos sindicatos latinoamericanos habían tenido en la esfera política, y erosionaron la capacidad de los trabajadores de organizarse a través de la acción colectiva. Por lo tanto, otras estrategias movilizatorias y organizativas deben ser tomadas en cuenta para comprobar cómo estos líderes populistas han logrado movilizar el voto de sus bases electorales.

En el caso de Venezuela, estas estrategias pueden comprenderse mejor bajo la óptica de lo que Handlin (2008: 13) denomina un <<populismo participativo>>: por un lado, la aplicación de las *Misiones sociales*, orientadas hacia los estratos más bajos e implementadas dentro de una lógica de rédito político con alto proselitismo a favor del Gobierno, y por otro lado, una estrategia organizacional que consiste en el crecimiento de un asociacionismo tutelado por el Gobierno por fuera de los cauces partidarios, focalizado hacia las poblaciones donde predominan, también, los sectores de ingresos más bajos. Respecto a las *Misiones sociales*, algunos autores han señalado la fuerte carga política que estas políticas transmiten a los usuarios que se benefician de ellas (Penfold, 2006; Hawkins, 2010). A través de la *Misión Identidad*, el Gobierno garantizó que los beneficiarios se convirtieran en votantes políticamente dirigidos; a través de la *Misión Mercal*, las empresas privadas se convirtieron más dependientes de las directrices del Estado para distribuir sus productos, e incluso algunas manufacturaron productos para la Misión con etiquetas que celebraban los logros sociales del Gobierno; en la *Misión Ribas*, los estudiantes tienen que estudiar el pensamiento bolivariano, la nueva Constitución, el plan del Gobierno o los puntos del programa gubernamental de Desarrollo Endógeno, además de organizarse en asambleas ciudadanas bolivarianas. El mismo lenguaje político se observa en la *Misión Sucre*, y en la *Misión Barrio Adentro* se encuentra con frecuencia propaganda del Gobierno pegada en las puertas y en las paredes.

Respecto a las estrategias de asociacionismo dirigido por fuera de la estructura partidaria, el Gobierno de Chávez impulsó la formación de agrupaciones como los Círculos Bolivarianos, los Comités de Salud, los Comités de Tierras Urbanas y los Consejos Comunales, entre otros. El objetivo de estas organizaciones es el de impulsar la participación política en los vecindarios con menores recursos y convertirse en un canal a través del cual las comunidades pueden pedir y gestionar recursos para implementar proyectos de desarrollo locales que ellas mismas eligen, planifican o supervisan. Los Consejos Comunales, por ejemplo, se impulsaron en el año 2005,

llegando a la cifra de 18000 Consejos para el año 2008 y representando entre 200 y 400 familias en zonas urbanas y entre 20 y 50 familias en zonas rurales (Handlin, 2008: 16-17). Los Círculos Bolivarianos, creados en el año 2000, jugaron un rol muy importante en la movilización de los pobres urbanos durante el golpe de Estado en Venezuela en 2002, así como durante el referéndum revocatorio convocado en 2004 (Roberts, 2006: 27). Estos círculos se constituyeron en una amplia red de, aproximadamente, 2,2 millones de venezolanos voluntarios cuya misión era defender la Constitución, los ideales de Simón Bolívar y servir a los intereses de sus respectivas comunidades (Hawkins, 2010: 36).

En el caso de Bolivia, el liderazgo de Evo Morales vino impulsado por una red de movimientos aliados, muchos de ellos de corte indígena, que tumbaron dos presidentes para luego competir exitosamente en la arena política (Van Cott, 2005, en Weyland, 2009: 10; Roberts, 2008: 59). Como ya se ha comentado, dentro de estos movimientos, los sindicatos, principalmente los dedicados a defender los intereses de los trabajadores de la hoja de coca, tuvieron un papel protagonista en el triunfo de Evo Morales y en perfilar el programa político de su partido, el MAS. Por lo tanto, el liderazgo de Morales se relacionó, desde un principio, de manera orgánica con la amplia movilización social que venía desde abajo y que más tarde se encaminó hacia la arena electoral y se tradujo en la consecución del poder político.

Estos tipos de movilización y organización propios del liderazgo de Evo Morales sí casan bien con las teorías clásicas movilizatorias del voto de clase que se han comentado anteriormente, es decir, un conjunto de actores sociales organizados -indígenas, trabajadores- que, tras largos años de protesta y movilización en contra de anteriores gobiernos, canalizan el voto de los sectores a los que representan hacia una figura política que hace un llamado a representar sus intereses. Es de esperar, por tanto, que el origen del fuerte voto de clase hacia el liderazgo de Evo Morales se encuentre en esta movilización por parte de los actores sociales organizados de la sociedad boliviana. Como sentencia Ramírez, (2006: 34) “*el ascenso electoral del Movimiento al Socialismo (MAS) en Bolivia obedeció a que, por vez primera en la historia republicana, los indígenas votan masivamente por indígenas, lo que ha dado lugar a la consolidación de una estrategia de autorrepresentación*”. Esta estrategia de movilización explicaría en el caso de Bolivia, también, por qué la clase marginal autoempleada, en la que se coloca la mayoría de la población indígena pobre, es el principal soporte electoral de Evo Morales, como ya se ha demostrado en la parte descriptiva de este trabajo.

El caso de Ecuador se muestra distinto a los dos casos analizados anteriormente. La plataforma que aupó al poder a Rafael Correa en 2006, denominada Movimiento Alianza PAÍS, estuvo integrada por diversos movimientos y grupos sociales entre los que se encontraban Iniciativa Ciudadana, Acción Democrática Nacional (ADN), Jubileo 2002, Movimiento Alfarista

Bolivariano, así como por reconocidos intelectuales de izquierda y dirigentes de derechos humanos (Freidenberg, 2008: 30). Estos grupos constituyeron un partido que reniega, precisamente, de usar esa terminología partidaria y se declara como un movimiento político, el oficialista Alianza PAÍS, el cual se asienta sobre una maquinaria electoral encabezada por Rafael Correa, más que sobre un programa político ideológico (De la Torre, 2010: 5) y que no ha desarrollado una institucionalidad partidaria ni ha extendido vínculos con sectores organizados de la sociedad ni ha creado, apenas, una organicidad paralela. En la terminología empleada por Roberts (2006: 10-11), la relación entre Rafael Correa con sus bases electorales puede caracterizarse como propia de un <<populismo electoral>>, es decir, una estrategia basada en adoptar tácticas antiorganizacionales y hacer llamados directos a la gente que desconfía de los partidos tradicionales y los grupos de interés, optando por una representación política directa y altamente personalizada entre el líder y sus seguidores. Los populistas electorales no construyen, por lo tanto, redes organizativas ni en la esfera partidaria ni en la sociedad civil, y la lealtad política se sostiene a través una combinación del carisma o de cualidades extraordinarias del líder político con discursos agresivos contra las élites políticas.

Si bien no se puede obviar que el Gobierno de Rafael Correa se ha acercado a las demandas de distintos movimientos sociales e incluso ha fomentado algún trabajo de tipo organizativo, como la creación de comités familiares emulando a los círculos bolivarianos que Chávez organizó en Venezuela (Freidenberg, 2008: 31) o la reciente creación de los Comités de la Revolución Ciudadana, los cuales tienen por objetivo fomentar los vínculos asociativos entre las comunidades de vecinos y convertirse en un espacio para defender los logros alcanzados por el régimen del presidente Rafael Correa (Entrevista con Mora, 2012), lo cierto es que la <<Revolución Ciudadana>> se encontró con una sociedad con débiles tejidos organizacionales en la esfera civil y las políticas ejecutadas por el Gobierno de Rafael Correa han confrontado, precisamente, con los sectores de la sociedad más organizados y con mayor capacidad de movilización política, como los maestros, los sindicatos públicos, el movimiento indígena representado a través de la CONAIE y algunos sectores adversos del ecologismo (De la Torre, 2010: 20). Como ya se ha comentado, el movimiento indígena ecuatoriano ha ido ganando protagonismo en las últimas décadas hasta convertirse en el principal actor en los sucesivos cambios de gobierno y tiene una importante capacidad de arrastre del voto, por lo que la confrontación directa con el Gobierno le ha pasado factura en el tema electoral a este último. De hecho, en el referéndum planteado por el Gobierno en la consulta popular de 2011, la mayor contestación se dio en las regiones donde la presencia del movimiento indígena y otros grupos organizados es mayor (Larrea, 2011).

Por lo tanto, estas diferencias en las estrategias movilizacionales y organizativas entre los Gobiernos de Hugo Chávez, en Venezuela, Evo Morales, en Bolivia y Rafael Correa, en Ecuador, se presentan como la variable fundamental para comprender por qué, en perspectiva comparada, en unos casos ha surgido un fuerte voto de clase -Bolivia y Venezuela-, y en otros casos no - Ecuador-.

V. CONCLUSIONES

Este trabajo supone un aporte académico importante al debate actual sobre la importancia de la clase social en el comportamiento electoral. A pesar de algunos estudios que han señalado el declive del voto de clase en algunos países y otros que señalaron los bajos niveles de voto de clase propios de la región latinoamericana, el estudio aquí presentado sugiere que en países como Bolivia y Venezuela la clase social es un factor crucial a la hora de entender el apoyo electoral que tienen Evo Morales o Hugo Chávez. Se hace necesario seguir profundizando en los estudios de comportamiento electoral en la región latinoamericana y ver si este voto de clase se está reflejando, a su vez, en la aparición de un clivaje de clase que ordene las preferencias políticas de los sistemas políticos correspondientes, como sucedió en otras regiones como la europea a lo largo del siglo XX. Asimismo, otro elemento a tener en cuenta es que los gobiernos de estos líderes populistas no han finalizado, por lo que el estudio de voto de clase hacia estos liderazgos no puede darse por acabado y es necesario analizar la evolución de la influencia de la clase social en futuras elecciones en las que estos líderes se presenten.

Otro aporte de este trabajo es que no todos los populistas son iguales respecto a sus bases electorales de apoyo y la manera en que estructuran la organicidad de sus partidos y su relación con la sociedad civil. Al igual que en otras fases históricas del populismo, tanto Evo Morales en Bolivia, como Hugo Chávez en Venezuela y Rafael Correa en Ecuador, se sustentan en una alianza electoral que recoge apoyos de todos los estratos sociales. La novedad, en esta nueva etapa populista, es que la clase social se presenta como un factor más importante en el voto que en otras etapas históricas, al menos en el caso de Venezuela y Bolivia. Además, este trabajo muestra evidencia en favor de las tesis de Roberts (2006), respecto a la importancia de estudiar el fenómeno populista a partir su dimensión movilizacional y organizativa y la influencia que estas estrategias tienen a la hora de perfilar las bases sociales de apoyo de estos líderes. A pesar de la influencia de algunos factores de tipo estructural, como la escasa presencia de una clase obrera industrial en Ecuador y su escasa historia de movilización sindical, o de tipo político-económico, en el sentido de que los 3 Gobiernos analizados han impulsado políticas importantes propias del estado del bienestar y focalizadas hacia los más pobres, son los factores movilizacionales y organizativos los que se han mostrado como la variable explicativa fundamental para entender por qué ha surgido un voto de clase hacia Evo Morales y Hugo Chávez, y no hacia Rafael Correa. Las densas redes organizativas sobre las que se sustentan los dos primeros líderes, además de explicar el fuerte de voto de clase hacia ellos, los asemejaría a los clásicos populismos como el Peronismo, mientras que el <<populismo electoral>> de Rafael Correa se asimilaría más, en su dimensión

organizativa, al de los líderes neopopulistas que aparecieron en la década de los 90 con tácticas de tipo antiorganizacionales.

Asimismo, este trabajo sugiere que las estrategias movilizatorias y organizativas impulsadas por estos líderes son diferentes a las propias del contexto europeo y estadounidense. En estas sociedades, el esquema del voto de clase se había basado, tradicionalmente, en una clase obrera industrial con fuertes vínculos con los sindicatos, los cuales cumplían el papel de estructura de intermediación encargada de movilizar los votos hacia los partidos que hacían llamados de clase. En América Latina, esta clase obrera industrial es mucho menos significativa y los sindicatos quedaron muy debilitados a partir de las reformas neoliberales de los años 90, por lo que otras formas de movilización y organización como las redes clientelares o el asociacionismo dirigido se destacan como herramientas que han utilizado algunos líderes populistas para garantizar la lealtad de las clases más populares. Otro de los retos que plantea este trabajo es el de seguir indagando en las nuevas formas de movilización y organización propulsadas por los distintos líderes y partidos políticos en América Latina.

Como último aporte, este trabajo ha contribuido al debate académico acerca de la mejor manera de conceptualizar la clase social para los estudios de comportamiento electoral en América Latina, proponiendo una modificación de los esquemas de clases utilizados en las sociedades europeas o norteamericanas, para así tener en cuenta las peculiaridades de la estructura de clases latinoamericana.

Límites y propuestas para futuras investigaciones

De igual manera, este trabajo presenta algunas limitaciones que deben considerarse a la hora de avanzar en el estudio del voto de clase en América Latina. La base de datos empleada se ha mostrado como insuficiente a la hora de hacer una conceptualización adecuada de la clase social, al reducir considerablemente la N en el análisis por no incorporar información acerca de la ocupación del cabeza de familia del entrevistado, por lo que se muestra imprescindible replicar estos análisis a partir de otras fuentes de datos y así contrastar los resultados con los aquí obtenidos. Asimismo, se deja abierta la posibilidad de incluir en el análisis a otros líderes que han sido considerados como populistas en la literatura y que no han sido incluidos en este estudio, para ver si la explicación ofrecida en la diferencia del voto de clase hacia estos líderes sigue siendo satisfactoria al incluir más casos en el análisis.

Por último, este trabajo sugiere abrir dos nuevas líneas de investigación relacionadas con el tema de estudio aquí presentado: por un lado, la de extender el análisis del voto de clase a toda la izquierda latinoamericana que hoy en día es mayoría en los Gobiernos de la región, para así

comprender mejor el alcance del voto de clase en cada uno de los países y analizar más en detalle las diferencias entre ellos; y, por otro lado, la de adentrarse en el comportamiento electoral de las clases medias en estos Gobiernos populistas y de izquierda en general, pues en unos casos se muestra mayoritariamente a favor de estos líderes (Handlin 2007), y otras veces toma un papel protagónico en la oposición (Paramio 2010).

Jacobo García: “¿Voto de clase en los nuevos populismos? Los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador”.

VI. BIBLIOGRAFÍA

ACHTERBERG, Peter. <<Class voting in the new political culture>>. *International sociology*, 2006.

ACHTERBERG, P. y HOUTMAN, D. <<Why Do So Many People Vote “Unnaturally”; A Cultural Explanation for Voting Behaviour>>, *European Journal of Political Research* 45(1): 75–92. 2006.

ALFORD, RR. *Party and Society*. Chicago: Rand McNally. 1963.

ANDERSON, Christopher J. <<The End of Economic Voting? Contingency Dilemmas and the Limits of Democratic Accountability>>. *Annual Review of Political Science* 10: 271–96. 2007.

ANDUIZA, Eva y BOSCH, Agustí. *Comportamiento político y electoral*. Ariel, 2004.

ATRIA, R. <<Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales>>. *Cepal*, 2004.

AUYERO, Javier.. <<From the Clients Point(s) of View: How Poor People Perceive and Evaluate Political Clientelism>> *Theory and Society*, 28, pp. 297-334. 1999.

BENTON, Allyson. <<Dissatisfied Democrats or Retrospective Voters? : Economic Hardship, Political Institutions, and Voting Behavior in Latin America>>. *Comparative political studies*, 2005.

BRYRN, Robert; GILLESPIE, Michael y LENTON, Rhonda. <<Class power, class mobilization and class voting: The Canadian case>>. *Canadian Journal of Sociology*, pp. 25-44.1989.

CAMPBELL, A. CONVERSE, P. MILLER, W. *The American Voter*. Wiley, New York, 1960.

CASTAÑEDA, Jorge. <<Is Evo Morales an indigenous Che?>>. *New Political Quarterly*. 2006.

CASTELLS, Manuel, y PORTES, Alejandro. 1989 “World Underneath: The Origins, Dynamics, and Effects of the Informal Economy.” In *The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries*, Alejandro Portes, Manuel Castells, y Lauren A. Benton (EDS). Baltimore: *The Johns Hopkins University Press*. 1989.

CLEARY, Matthew. <<Explaining the Left’s Resurgence>>. *Journal of Democracy*. Vol. 17, nº 4, pp. 35-49. 2006.

CORRALES, Javier y PENFOLD, Michael. <<Social spending and democracy: the case of Hugo Chávez in Venezuela>>. *LASA Forum* 38 (I), 2007.

_____. *Dragon in the tropics: Hugo Chávez and the political economy of revolution in Venezuela*. Washington, D.C.: Brookings Institution Press, 2011.

DE LA TORRE, Carlos. <<The resurgence of Radical Populism in Latin America>>. *Constellations*, vol. 14, n°3. pp. 384-397. 2007.

_____. <<Rafael Correa, un populista del siglo XXI>>. 2010.

DEL CAMPO, Esther. <<La clase media en Bolivia. Una primera aproximación a su composición y evolución>> en PARAMIO, Ludolfo (coord). *Clases medias y gobernabilidad en América Latina*, Fundación Pablo Iglesias, 2010.

DIX, Robert. <<Cleavage structures and party systems in Latin America>>. *Comparative politics*, vol. 22, n°1, pp. 23-37, 1989.

DOWNS, Anthony. <<An economic theory of political action in a democracy>>. *The Journal of Political Economy*, Vol. 65, n°2, pp. 135-150. 1957.

FIORINA, Morris. <<Retrospective Voting in American National Elections>>. New Haven: Yale University Press. *Public Opinion and Parties* 18, 3: 303–23. 1981.

FREIDENBERG, Flavia. *La tentación populista*. Madrid, Editorial Síntesis, 2007.

_____. <<El Flautista de Hammelin: liderazgo y populismo en la democracia ecuatoriana>> en *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*. Ed. Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti. Quito: FLACSO, 2008. 185-233.

GIBSON, Edward. <<The populist road to market reform: policy and electoral coalitions in Mexico and Argentina>>, *World Politics*, n°49, pp. 339-370, 1998.

GOODIN, Robert y KLINGEMANN, Dieter. *A new handbook of political science*. Oxford University Press, 1996.

HANDLIN, Samuel. <<Popular Parties and Class Cleavages in South America, 1990-2004>>. *Paper Prepared for the Annual Meeting of the American Political Science Association*. 2007.

_____. <<Reinventing Class Mobilization: Class Cleavages and Participatory Populism in Hugo Chávez's Venezuela>>. *Latin America Public Opinion Working Papers*, Small Grants Project, 2008.

HAWKINS, Kirk. *Venezuela's Chavismo and populism in comparative perspective*. Cambridge University Press, 2010.

HAWKINS, K. ROSAS, G. y JOHNSON, M. <<The Misiones of the Chavez Government in Venezuela>>. Paper presented at the Latin American Studies Association, San Juan, Puerto Rico. 2006.

Jacobo García: “¿Voto de clase en los nuevos populismos? Los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador”.

HEATH, A. y WEAkliEM, D.L. <<Rational Choice and Class Voting>>, *Rationality and Society*, 6,2, pp.243-270. 1994.

HEATH, Oliver. <<Explaining the rise of class politics in Venezuela>>, *Bulletin of Latin American Research*, vol. 28, pp. 185-203, 2009.

HIDALGO, Manuel. <<Clase media y conflicto sociopolítico en Venezuela (1998-2009). Una exploración>>, en PARAMIO, Ludolfo (coord). *Clases medias y gobernabilidad en América Latina*, Fundación Pablo Iglesias, 2010.

HOUFFMAN, Kelly y PORTES, Alejandro. <<Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era>> *Latin American Research Review*, Vol. 38, No. 1, pp. 41-82, 2003.

JOHNSON, Gregg y RYU, Sooh-Rhee. <<Repudiating or Rewarding Neoliberalism? How Broken Campaign Promises Condition Economic Voting in Latin America>>. *University of Miami*, 2010.

KITSCHOLT, Herbert. *Linkages between citizens and politicians in democratic polities*. 2000.

LACLAU, Ernesto. <<Consideraciones sobre el populismo latinoamericano>>. *Cuadernos del CENDES*, vol.23, n°62, pp.115-120, 2006.

LANDMAN, Todd. *Issues and methods in comparative politics: an introduction*. Routledge, Londres & Nueva York, 2008.

LANZARO, Jorge. <<La socialdemocracia criolla>>. *Nueva Sociedad*, 217: pp. 40-58. 2008.

LAYTON, M. y SMITH, E. <<Políticas públicas de asistencia social y voto presidencial en América Latina>>. *Perspectiva desde el Barómetro de las Américas*, N°66, 2011.

LAZARFELD, Paul F., BERELSON, Bernard, y GAUDET, Hazel. *The People's Choice*. New York: Columbia University Press. 1948.

LEVITSKY, Steven. <<From labor politics to machine politics: the transformation of party-union linkages in Argentine Peronism, 1983-1999>>. *Latin American Research Review*, vol. 38, n°3, 2003.

LEWIS-BECK, Michael S., y STEGMAIER, Mary. <<Economic Determinants of Electoral Outcomes>>. *Annual Review of Political Science* 3: 183–219. 2000.

_____. <<Economic Voting in Transitional Democracies>>. *Journal of Elections*, 2007.

LIPSET, S. M. <<Democracy and Working-Class Authoritarianism>>, *American Sociological Review* 24(4): 482–501. 1959.

LIPSET, S. y ROKKAN, S. *Party systems and voter alignments: crossnational perspectives*, New York: The Free Press. 1967.

LUPU, Noam. <<Who votes for Chavismo? Class voting in Hugo Chávez’s Venezuela>>. *Latin America Research Review*, vol.45, n°1, 2010.

LUX DE COTÍ, O. *Gobernabilidad y Pueblos Indígenas*. FLACSO, 2010.

MADRID, Raúl. <<The rise of ethno-populism in Latin America: the bolivian case>>. *Paper prepared for the meeting of the American Political Science Association, Philadelphia, P.A.* 2006.

MAINWARING, Scott y TORCAL, Mariano. <<La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora>>. *América Latina Hoy*, vol. 41, pp. 141-173. 2005.

_____ <<Class voting: Latin America and Europe>>. *Working paper*, 2004.

MANZA, Jeff; HOUT, Michael y BROOKS, Clem. <<Class voting in capitalist democracies since World War II. Dealignment, Realignment or Trendless fluctuation?>>. *Annual review of sociology*. Vol. 21, pp. 137-162. 1994

MORA, Galo. *Entrevista en Diario Ecuador Inmediato*, mayo, 2012.

McCOY Jennifer y MYERS, David. *The unraveling of representative democracy in Venezuela*. The Johns Hopkins University Press, 2004.

MENÉNDEZ-CARRIÓN, Amparo. <<Clientelismo electoral y barriadas: perspectivas de análisis>>. *IIEP: Instituto de Estudios Peruanos*, 1985.

NIEUWBEERTA, P. <<The democratic class struggle in postwar societies: class voting in twenty countries, 1945-1990>>. *Acta Sociológica*, 39, 345-383. 1996.

NIEUWBEERTA, Paul; DE GRAAF, Nan Dirk y ULTEE, Wout. <<The Effects of Class Mobility on Class Voting in Post-War Western Industrialized Countries>>. *European Sociological Review*, vol. 16, n°4, pp. 327-348. 2000.

PARAMIO, Ludolfo. <<Giro a la izquierda y regreso del populismo>>. *Nueva Sociedad*, 205: pp. 62-74. 2006.

_____ (coord.). *Clases medias y gobernabilidad en América Latina*. Fundación Pablo Iglesias, 2010.

Jacobo García: “¿Voto de clase en los nuevos populismos? Los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador”.

PANIZZA, Francisco. <<La marea rosa>>. En ALCÁNTARA, Manuel y GARCÍA, Fátima (eds.). *Elecciones y política en América Latina*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Fundación Carolina, pp. 19-39. 2008a.

_____. <<Fisuras entre populismo y democracia en América Latina>>. En *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*. Ed. Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti. Quito: FLACSO, 2008b. 77-97.

PENFOLD, Michael. <<Clientelism and social funds: empirical evidence from Chávez’s “Misiones”>>. *Project MUSE*, 2006.

PÉREZ LINÁN, Anibal. <<El método comparativo: fundamentos y desarrollos recientes>>. *Universidad de Pittsburgh*, 2007.

POLAVIEJA, Javier. <<¿Qué es el voto de clase? Los mecanismos del voto de clase en España>>. *Zona Abierta*, n°96-97, pp. 173-214, 2001.

RAMÍREZ, Franklin. <<Mucho más que dos izquierdas>>. *Nueva Sociedad*, 205, 2006.

ROBERTS, K. <<Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case>>. *World Politics*, 48, pp. 82-116. 1995.

_____. <<Neoliberalism and Lower-Class Voting Behavior in Peru>>. *Comparative Political Studies*, April, 31: 217-246, 1998.

_____. <<Populism, political conflict and grass-roots organization in Latin America. A Comparison of Fujimori and Chávez>>. *Comparative Politics*, 38, pp. 127-148. 2006.

_____. <<El resurgimiento del populismo latinoamericano>> en *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*. Ed. Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti. Quito: FLACSO, 2008. 55-73.

ROSE, R. ed. *Electoral Behavior: A Comparative Handbook*. New York: Free. 1974.

ROSENBLUTH, G. <<Informalidad y pobreza en América Latina>>. *Revista CEPAL*, n°52, pp.157-177, 1994.

SARTORI, G. <<The Sociology of Parties: A Critical Review>> , en P. Mair (ed .) *The West European Party System* . Oxford University Press: Oxford , 150 – 184 . 1990.

VARGAS DEL CARPIO RIBERT, Óscar. <<Voto, ocupación y clase media: el apoyo a Evo Morales>>. *Ciencia y Cultura*, n°26, pp.83-91, 2011.

Jacobo García: “¿Voto de clase en los nuevos populismos? Los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador”.

WEYLAND, Kurt. <<The Rise of Latin America’s Two Lefts: *Insights from Rentier State Theory*>>. *Comparative politics*, vol. 41, 2009.

WEYSBROT Mark, RAY Rebeccay SANDOVAL, Luis. <<The Chávez administration at ten years: the economy and social indicators>>. *Center for economic and policy research*, 2009.

VII. ANEXOS

ANEXO I

Esquema de clases ocupacional de Erikson y Goldthorpe.

<i>Clase social</i>	<i>Descripción</i>
Clase servicios (clases I y II)	Profesionales, administrativos, managers, técnicos de alto nivel, supervisores de trabajadores no manuales.
Clase rutina no manual (clase III)	Empleados de tareas no manuales en la administración y en el comercio y otro tipo de trabajadores de servicios.
Pequeña burguesía y hacendados (clases IV a, b y c)	Pequeños vendedores con o sin empleados, agricultores y ganaderos propietarios, otro tipo de autónomos en la producción primaria.
Trabajadores cualificados (clases V y VI)	Técnicos de nivel medio-bajo, supervisores de trabajadores manuales, trabajadores manuales cualificados.
Trabajadores no cualificados	Trabajadores manuales semi-cualificados o no cualificados, trabajadores en la agricultura y otros sectores primarios.

ANEXO II

Esquema de clases ocupacional propuesto para América Latina, a partir del modelo original de Erikson y Goldthorpe.

<i>Clase social</i>	<i>Descripción</i>
Servicios alta	<p><i>Trabajadores que reportan ingresos mensuales encuadrados en el cuartil superior de la población en las siguientes profesiones:</i></p> <ul style="list-style-type: none"> - Profesional, intelectual y científico (abogado, profesor universitario, etc.) - Director (gerente, jefe de departamento, supervisor) - Funcionario del gobierno (miembro de los órganos legislativo, ejecutivo y judicial) - Miembros de las fuerzas armadas - Vendedor demostrador en almacenes y mercados
Servicios baja	<p><i>Trabajadores que reportan ingresos mensuales encuadrados en los tres cuartiles inferiores de la población en las mismas profesiones mencionadas en la clase servicios alta.</i></p>
Rutina no manual	<ul style="list-style-type: none"> - Oficinista (secretaria, operador de máquina de oficina, cajero, recepcionista, etc.)
Pequeña burguesía	<p><i>Trabajadores que reportan ingresos mensuales superiores al salario mínimo establecido en cada país, en las siguientes profesiones:</i></p> <ul style="list-style-type: none"> - Campesino, agricultor o productor agropecuario y pesquero (propietario de la tierra) - Comerciante (vendedor ambulante, propietario de establecimientos comerciales o puestos en el mercado)
Obrera cualificada	<ul style="list-style-type: none"> - Trabajador especializado (operador de maquinaria, albañil, mecánico, etc.) - Técnico o profesional de nivel medio (técnico en computación, maestro de primaria, etc.) - Artesano
Obrera no cualificada	<ul style="list-style-type: none"> - Peón agrícola (trabaja la tierra para otros) - Servicio doméstico - Obrero
Marginal autoempleada	<p><i>Trabajadores que reportan ingresos mensuales menores al salario mínimo establecido en cada país, en las mismas profesiones que la clase pequeña burguesía</i></p>

ANEXO III

Preguntas originales recogidas en el cuestionario de LAPOP a través de las cuales se formularon las variables de la investigación

- *Voto a líder populista*

VB3. ¿Por quien votó para Presidente en las últimas elecciones presidenciales de ____?

- *Clase social*

OCUPI. ¿Cuál es la ocupación o tipo de trabajo que realiza?

- (1) Profesional, intelectual y científico (abogado, profesor universitario, médico, contador, arquitecto, ingeniero, etc.)
- (2) Director (gerente, jefe de departamento, supervisor)
- (3) Técnico o profesional de nivel medio (técnico en computación, maestro de primaria y secundaria, artista, deportista, etc.)
- (4) Trabajador especializado (operador de maquinaria, albañil, mecánico, carpintero, electricista, etc.)
- (5) Funcionario del gobierno (miembro de los órganos legislativo, ejecutivo, y judicial y personal directivo de la administración pública)
- (6) Oficinista (secretaria, operador de máquina de oficina, cajero, recepcionista, servicio de atención al cliente, etc.)
- (7) Comerciante (vendedor ambulante, propietario de establecimientos comerciales o puestos en el mercado, etc.)
- (8) Vendedor demostrador en almacenes y mercados
- (9) Empleado, fuera de oficina, en el sector de servicios (trabajador en hoteles, restaurantes, taxista, etc.)
- (10) Campesino, agricultor, o productor agropecuario y pesquero (propietario de la tierra)
- (11) Peón agrícola (trabaja la tierra para otros)
- (12) Artesano
- (13) Servicio doméstico
- (14) Obrero
- (15) Miembro de las fuerzas armadas o personal de servicio de protección y seguridad (policía, bombero, vigilante, etc.)
- (88) NS/NR
- (99) INAP

- *Residencia urbana o rural*

UR: (1) Urbano (2) Rural

- *Edad*

Q2. ¿Cuál es su edad en años cumplidos? _____ años (0= NS/NR)

- *Nivel educativo*

ED. ¿Cuál fue el último año de enseñanza (educación, o escuela) que usted completó o aprobó?

Ninguno	0
Primaria	1 2 3 4 5 6
Secundaria	7 8 9 10 11 12
Universitaria	13 14 15 16 17 18+
Superior no universitaria	13 14 15 16
NS/NR/	88

- *Género*

Hombre [1] Mujer [2]

ANEXO IV

Modelos de regresión logística binaria, Bolivia, 2005 y 2009. Odds ratios de las variables independientes (solamente las estadísticamente significativas).

	2005	2009
VARIABLES		
<i>Clase social</i>	,000 (Coef. significativo)	,000 (Coef. significativo)
Obrera cualificada	REFERENCIA	REFERENCIA
Obrera no cualificada	0,57	
Marginal autoempleada	3,34	2,39
Pequeña burguesía		
Servicios alta	0,15	0,51
Servicios baja		
Rutina no manual		
<i>Residencia</i>		
Urbana	REFERENCIA	REFERENCIA
Rural	2,02	1,66
<i>Edad</i>		
<i>Género</i>		
Hombre	REFERENCIA	REFERENCIA
Mujer		
<i>Nivel educativo</i>		
Hasta terciaria completado	REFERENCIA	REFERENCIA
Hasta secundaria completado		1,49
Hasta primaria completado		2,34
Constante (coeficiente)	1,81	1,2
R2 (Nagelkerke)	.196	.125

ANEXO V

Modelos de regresión logística binaria, Ecuador, 2006 y 2009. Odds ratios de las variables independientes (solamente las estadísticamente significativas).

	2006	2009
VARIABLES		
<i>Clase social</i>	,069 (Coef. significativo)	,399 (Coef. significativo)
Obrera cualificada	REFERENCIA	REFERENCIA
Obrera no cualificada		
Marginal autoempleada		
Pequeña burguesía		
Servicios alta	0,48	
Servicios baja		
Rutina no manual		
<i>Residencia</i>		
Urbana	REFERENCIA	REFERENCIA
Rural	2,02	
<i>Edad</i>		
<i>Género</i>		
Hombre		
Mujer		
<i>Nivel educativo</i>		
Hasta primaria completado		
Hasta secundaria completado		
Hasta terciaria completado		
Constante (coeficiente)	3,34	3,49
R2 (Nagelkerke)	.037	.019

ANEXO VI

Modelo de regresión logística binaria, Venezuela, 2006. Odds ratios de las variables independientes (solamente las estadísticamente significativas).

	2006
VARIABLES	
<i>Clase social</i>	,013 (Coef. significativo)
Obrera cualificada	REFERENCIA
Obrera no cualificada	
Marginal autoempleada	,194
Pequeña burguesía	
Servicios alta	,341
Servicios baja	,344
<i>Residencia</i>	
Urbana	REFERENCIA
Rural	
<i>Edad</i>	
<i>Género</i>	
Hombre	REFERENCIA
Mujer	
<i>Nivel educativo</i>	
Hasta terciaria completado	REFERENCIA
Hasta secundaria completado	3,16
Hasta primaria completado	4,52
Constante (coeficiente)	3,07
R2 (Nagelkerke)	.165